

BOLSILLOS BALBUENA

PUNTO

ROJO

FLORES EQUIVOCADAS

Lou Carrigan



COLECCION

PUNTO ROJO



LOU CARRIGAN

FLORES EQUIVOCADAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 847
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 13.869 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1978

© Lou Carrigan - 1978

texto

© Alberto Pujolar - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección LA HUELLA:

140 — Tempestad en un vaso de agua

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

392 — Revólveres llameantes.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

247 — Terror psicológico.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

326 — El último camino.

En Colección PUNTO ROJO:

844 — Premio para insensatos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.456 — El gran traidor.

CAPÍTULO PRIMERO

Anatole Simonet se miró al espejo, y en seguida torció el gesto: era demasiado guapo.

Esto, que seguramente sería del agrado de muchos hombres, tenía bastante fastidiado a Anatole, en líneas generales. Pero como dicen que no hay mal que por bien no venga, él procuraba que su belleza le resultase positiva, no negativa.

Por ejemplo, aunque tenía que soportar las bromas de sus amigos, que le preguntaban siempre que cuándo se iba a hacer actor de cine, o gigoló, o vendedor de peines para señoras calvas con la seguridad de que vendería todos los peines que quisiera, tenía la compensación de que, en efecto, se llevaba al nido a todas las chicas que le venía en gana.

Esto, para Anatole Simonet, era positivo. A sus veintiocho años, elegante, moderadamente atlético su cuerpo fino y bien proporcionado, ojos oscuros, cabellos rubios y largos, Anatole era capaz de ligar con la Torre Eiffel si se lo proponía. Y no son exageraciones...

Y si no, que se lo preguntasen a la bella Dedé, la estrella del espectáculo del Moulin Rouge, del París de la Francia. Anatole había ido al Moulin Rouge a matar el rato, le había hecho gracia la chica (con motivos, porque cuando Dedé terminaba su *strip-tease* y quedaba completamente desnuda, se producían cada noche una docena de infartos masculinos), y sin más complicaciones, había ido a decírselo... Resultado: Dedé andaba loca por Anatole Simonet desde aquella noche.

Por eso, antes de ir a trabajar aquella noche al Moulin, Dedé iba a pasar por el apartamento de Anatole. Para nada malo, desde luego: sólo para hacer el amor.

La cita era a las seis de la tarde, así que Anatole, después de mirarse al espejo miró su reloj. Las seis menos cuarto. Muy bien.

Salió del cuarto de baño, cruzó el dormitorio y fue a echar un vistazo a la salita. Perfecto: el champaña en el cubo de plata, con hielo; un disco ya puesto en el tocadiscos; media luz de lo más romántico; todo ordenado; los almohadones bien puestos en el mullido sofá; la piel de oso extendida ante la chimenea bien encendida... Perfecto.

Anatole se sentó en un sillón, encendió un cigarrillo y dejó flotar sus pensamientos. Era como si ya lo estuviese viendo y viviendo. Dedé llegaría a las seis, él abriría la puerta, sonreiría de aquel modo que partía los corazones y tendería sus manos hacia la muchacha.

—¡Mi querida Dedé! —exclamaría—. ¡Has venido, realmente!

Ella sonreiría dulcemente, y con sus manitas en las de Anatole, suspiraría:

—Claro que sí, mon amour... Nada ni nadie podría haberme impedido acudir a la cita; *Je t'aime!*

—Más te amo yo —diría Anatole, tirando de las manos de ella, haciéndola entrar en el apartamento.

—Oh, eso no es posible, *ma vie. Pas possible!*

¿Para qué discutir con una mujer? Y menos con una chica tan dulce y encantadora como Dedé. Con Dedé había que vivir, simplemente. Así que Anatole, en silencio, la abrazaría por la cintura, acercaría su rostro al de ella, y besaría sus jugosos labios del color de las fresas. Dedé suspiraría, lanzaría unos gemiditos, se restregaría contra él como una gatita mimosa..., en fin, que quedaría rendida en sus brazos.

Pero no había que precipitarse. Primero, sólo besitos; luego, besos más formales. Una copita de champaña. Música. Una conversación cariñosa, amable, delicada e interesante. A las mujeres las chiflan los hombres que saben hablar, y, ciertamente, Anatole tenía lo que suele llamarse «un pico de oro». Así que, además de con champaña, emborracharía a Dedé con sus palabras. Solapadas palabras que, poco a poco, irían poniendo al rojo vivo a Dedé. ¿Otra copita, mi cielo? Oh, *mais oui*, Anatole, *mon amour*...! Así que otra copita de champaña para la nena.

Ella reiría, alzando su preciosa barbilla, dejando al descubierto su garganta, blanca y tersa, preciosa como un lirio delicado... Anatole la besaría en la garganta. Ella se estremecería, y entonces él deslizaría los labios hacia una orejita, a la que daría mordisquitos

de ternura...

Con todo esto, cualquier mujer cae al saco sin darse cuenta.

Lo demás, coser y cantar. Más besitos, unas caricias a los hombros, un beso en el escote, una mano cariñosamente audaz que se desliza por aquél, un beso en la boca... Suspiros de amor. De aquí a que Dedé comenzase a quitarse la ropa, nada, un paso de enano. Pero él no le dejaría que se quitase la ropa; al menos, no toda.

—No, *ma petite* —le susurraría junto a una orejita, mientras seguía acariciándola—. Eso no.

—¿No quieres... que me desnude? —se sorprendería ella.

—No. Déjame hacer a mí.

Y él haría las cosas a su manera. Nada de desnudarla completamente, porque desnuda ya la había visto bastante en el Moulin Rouge. Lo que haría, eso sí, sería quitarle el vestido. Ella quedaría entonces en combinación, braguitas y sujetadores. Entonces sería el momento de llevarla hacia la piel de oso, delante de la chimenea, para que no tuviese frío.

Total, que cuando Dedé fuese a darse cuenta, ya estarían los dos viajando en el dulce abrazo del amor, envueltos en besos y suspiros.

El timbre de la puerta del apartamento hizo pegar un bote a Anatole en el sillón. Al hacerlo, le cayó la ceniza del cigarrillo, que se había ido consumiendo solo, mientras él, fascinado, muy abiertos los ojos, vivía ya aquellos momentos con Dedé.

Mas... ¿para qué fantasear? ¡Allá estaba Dedé, en carne y hueso!

Así que Anatole recogió la ceniza de sobre la alfombra, y la puso cuidadosamente en el cenicero, donde aplastó el cigarrillo que se había consumido solo. Luego, miró su reloj, y sonrió. ¡Así son de impacientes las mujeres cuando aman! Sólo eran las seis menos ocho minutos y ya tenía allá a la dulce Dedé.

Pues no.

No era Dedé.

Al ver a su visitante, el gesto de Anatole Simonet se nubló. Su ceño se frunció, su boca se apretó con un gesto sorprendentemente duro, por sus ojos pasó un relámpago de furia... El visitante se adelantó al gesto de Anatole de darle con la puerta en las narices, colocando un pie entre aquélla y el marco.

—Vamos, Anatole —murmuró—, sea razonable.

—A la mierda —masculló Anatole—. ¡Largo de aquí!

—Han asesinado a tres compañeros suyos.

Anatole Simonet palideció intensamente. Luego, movió la cabeza con gesto negativo, y su voz sonó baja, un tanto ronca:

—Yo no tengo compañeros, *monsieur*. Al menos, no de los que usted está hablando.

El visitante puso una mano en la puerta, y empujó. Con poca fuerza, pero ni aun empleando toda la que pudiera reunir, habría podido abrir si Anatole, aunque de mala gana, no hubiese cedido. Así que el hombre entró, cerró tras él y, tomando amablemente de un brazo a Anatole, lo llevó hacia la salita. Una mirada le bastó al visitante para captar perfectamente la situación.

—Lo siento de veras —murmuró—. No quería interrumpirle en algo tan agradable, pero las cosas están al rojo vivo, Anatole. Hemos perdido ya tres hombres y no quisiéramos perder más. Por eso he venido a rogarle...

—Ya no pertenezco a su servicio, *monsieur* —gruñó Anatole—. Espero que recuerde usted que presenté mi dimisión en el SDECE (*Servicio de Espionaje y Contraespionaje francés*). De modo que ya no soy un espía, ni nada que se le parezca de lejos.

—Lo sé. Por eso digo que he venido a rogarle que acepte el trabajo que tenemos en marcha. No lo haría si no fuese usted el hombre más adecuado para el caso.

—¿Y por qué demonios soy el hombre adecuado? ¡Hay cientos de agentes del SDECE mejores que yo!

—Quizá —sonrió el otro—. Pero ninguno reúne las tres cualidades que considero básicas en el hombre que afronte esto con garantías de supervivencia: que hable el ruso, que sea muy guapo y que, aunque parezca un angelito, tenga muy, muy, muy mala leche... Así pues, le he elegido a usted, Anatole. ¿Puedo sentarme?

—Estoy esperando una visita.

—Me he dado cuenta. ¿Puedo?

Anatole se sentó y el visitante hizo lo mismo frente a él.

—¿Qué tiene que ver mi belleza con todo esto? —Gruñó Anatole.

—Simplemente, necesitamos un hombre muy bello y que hable ruso. Lo de la mala leche es en beneficio exclusivo de usted, para salir con bien del asunto.

—¿Y por qué demonios el agente ha de ser bello? —insistió Anatole.

—Porque nos tememos que el SDECE se ha enfrentado a una organización de homosexuales, o algo parecido. Eso hemos deducido, al menos, considerando lo que les ocurrió a los tres hombres que han sido asesinados.

—¿Qué les ocurrió?

—Fueron sodomizados.

—¿Qué? —Respingó Anatole.

—Violados.

—¿Cómo, violados...?

—Lo que oye, y luego los asesinaron y los dejaron tirados por ahí... Bueno, por ahí quiere decir, exactamente, en Cannes, en la Costa Azul.

—¿Y usted quiere enviarme a mí como gancho para introducirme entre homosexuales? O sea, que tendré que hacerme el maricón, ¿no?

El visitante se permitió una seca sonrisa.

—Es usted lo bastante consciente, y sobre todo lo bastante hombre para que estas tonterías le tengan sin cuidado, Anatole. Han asesinado en circunstancias humillantes a tres agentes del SDECE. Eso es lo que importa, y usted lo sabe. Sus tres compañeros...

—Yo no tengo compañeros en el SDECE —cortó secamente Anatole—. Lo dejé, no quiero saber nada.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero háganos este favor, Anatole. Ya sé que se asqueó de ciertas cosas, y no tengo nada que oponer a su dimisión. No voy a insistir demasiado si tanto le molesta. Simplemente le ruego que considere que tres hombres del SDECE han sido vejados asquerosamente y asesinados a cuchilladas. ¿No queda nada en usted de los viejos tiempos? ¿Ningún buen recuerdo?

Anatole se pasó la lengua por los labios y desvió la mirada.

—¿Quiénes eran? —musitó.

—¿Los asesinados? No los conocía usted, desde luego: Jean Bernard, Michel Depuy, Roger Leclerc. Muchachos inteligentes y decididos que...

—Está bien, está bien —cortó Anatole—. ¿Qué es lo que está pasando exactamente en Cannes?

—Ah, eso es lo que quisiéramos saber. Y por eso encargamos a

Jean Bernard que investigase. La cuestión parecía de lo más simple: Jean Bernard estaba trabajando en Cannes como residente fijo; todo bien, todo tranquilo, todo normal... De pronto, aparece un agente ruso, al que Bernard había conocido hacía dos años en Varsovia. Como es natural, Bernard informa de la presencia del ruso en Cannes, del que dice que es un hombre inteligente y de gran movilidad. Muy bien: nosotros encargamos a Jean Bernard que vigile al ruso, un tal Mihail Neurozov. Tres días más tarde, Bernard informa que Neurozov parece estar en Cannes exclusivamente para vigilar una villa muy elegante de esa ciudad.

—¿Quién vive en esa villa?

—El propietario se llama Gastón Merimée. La villa está en el número 18 del Boulevard Beausoleil, en Colme St. Antoine... Creo que usted conoce bastante bien Cannes, ¿no es así? —sonrió el hombre.

—Además, eso —asintió Anatole, refunfuñando—. ¿A qué se dedica ese Gastón Merimée?

—Es fabricante de productos de cosmética, perfumes, cosas así. Tiene tres pequeñas industrias que al parecer marchan estupendamente.

Anatole estaba en verdad sorprendido.

—¿Y para qué pueden vigilar los rusos a un hombre así? —expuso su sorpresa.

—Quizá Rusia quiera ponerse a la altura de Francia en cuestión de cosmética y perfumes —volvió a sonreír el visitante, fríamente.

Anatole lanzó un bufido.

—Conociendo a las muchachas rusas, no creo que necesiten demasiado de todos esos potingues. Está bien: tenemos que Mihail Neurozov vigilaba a Gastón Merimée, y nuestro Jean Bernard vigilaba al ruso. Así pues, para enterarnos de algo, tendremos que decidrnos por preguntarle al ruso o a Merimée. ¿Correcto?

—Tendrá que preguntarle a Gastón Merimée, en todo caso, ya que el ruso ha desaparecido.

Anatole apretó un instante los labios, con aquel gesto que tan poco encajaba con su amable aspecto.

—¿Ha desaparecido? ¿Quiere decir que ha vuelto a Rusia, por ejemplo?

—Ni idea. Ha desaparecido. Cuando Jean Bernard dejó de enviar

sus informes, enviamos a Cannes a Roger Leclerc y a Michel Depuy. Éstos localizaron a Bernard en el depósito de cadáveres, adonde había sido llevado por las autoridades locales, después de ser recogido en la playa, donde apareció una mañana. Leclerc y Depuy investigaron... y la próxima noticia que tuvimos de ellos fue que habían corrido la misma suerte que Jean Bernard. Del ruso, ni rastro.

—¿Y Gastón Merimée?

—Ah, ese continúa en su villa, haciendo tranquilamente su vida normal. Dadas las circunstancias, especialmente esa súbita desaparición de Mihail Neurozov, parece que tenemos que pensar que fue éste quien tuvo algo que ver con la muerte de Bernard. Pero podemos dudar de que haya tenido algo que ver con la muerte de Leclerc y Depuy. Por otra parte, el modo de morir de nuestros tres hombres, idéntico, parece apuntar más bien hacia Merimée.

—¿Por qué?

—Porque Gastón Merimée tiene todas las características e ingredientes para ser considerado un homosexual de altos vuelos... No sólo por su aspecto, sino porque su lugar preferido de diversión es un club nocturno llamado Coc d'Or, sito en rue Pasteur. En el Coc d'Or se reúne la flor y nata de la homosexualidad de la Costa Azul.

—¿Y usted pretende que yo me meta en ese antro?

—Sí. Pero no nos engañemos, Anatole; el peligro es de muerte. ¿Está esto claro?

—Muy claro. Una pregunta: ¿no hay ningún otro ruso en Cannes?

—Los había cuando llegó Mihail Neurozov, pero éste no se relacionó con ellos en ningún momento. Sin embargo, al desaparecer Neurozov, todos los demás miembros de la MVD soviética que teníamos localizados en Cannes, han desaparecido también.

—Intrigante —admitió Anatole, de mala gana—. ¿Con quién tengo que ponerme en contacto en Cannes?

—Con nadie. Quiero que se mueva solo —el visitante tendió un bonito bolígrafo a Anatole—. Sin embargo, si en determinado momento precisase inevitablemente ayuda, utilice este bolígrafo. No hace falta que le explique que contiene un pequeño receptor-emisor, ni que, naturalmente, algunos muchachos del SDECE estarán por

Cannes, exclusivamente esperando que usted pueda necesitarlos. Ya han salido hacia allá.

—O sea, que usted estaba seguro que yo aceptaría.

—Sí. Y aunque sabemos perfectamente que a usted le va muy bien con su nueva profesión de pintor, estamos dispuestos no sólo a correr con todos los gastos, como es lógico, sino a asignarle una prima de cien mil francos. Acéptelos.

—Por supuesto que sí —gruñó Anatole—. ¿De modo que tengo que comenzar mi trabajo buscando a Merimée, identificándole...?

—Ah, ese pequeño problema está ya resuelto. —El visitante sacó un sobre, que tendió a Anatole—. Son las fotografías de Bernard Leclerc, Depuy, el ruso Mihail Neurozov, y por supuesto, algunas de Gastón Merimée. Usted llegará a Cannes con todos los elementos del juego. Sólo se trata de saber a qué estamos jugando. ¿Por qué los rusos vigilan o vigilaban a Merimée? ¿Dónde está Neurozov? ¿Por qué de pronto desaparecen todos los rusos de Cannes? Y así, cien preguntas más.

—De acuerdo.

Anatole sacó las fotografías del sobre y las fue mirando. Bernard, Leclerc, Depuy, el ruso Neurozov, sujeto de rostro recio, inteligente, joven... y Gastón Merimée. Al ver la primera fotografía de éste, Anatole respingó y miró atónito a su visitante, que sonreía.

—Interesante sujeto, ¿verdad? —murmuró el hombre.

Todavía pasmado, Anatole volvió a mirar aquella fotografía, y algunas más que había de Gastón Merimée. Las fotografías eran en colores, y aunque, evidentemente, habían sido tomadas de modo subrepticio, eran bastante buenas. Anatole tuvo un disgusto y un consuelo a la vez. Disgusto, porque allá tenía a un hombre mucho más guapo que él; Merimée debía tener unos treinta y cinco años, y era bellissimo; llevaba el cabello teñido de rojo rabioso, y sus facciones, en especial las líneas de los ojos, se veían delicadamente maquilladas, era una auténtica preciosidad... Y consuelo porque, viendo a Merimée, Anatole se sintió menos fastidiado de ser un hombre guapo. Comparado con Merimée, él era algo así como un cavernícola de recia barba y músculos de gorila...

—¿Seguro que es un hombre? —preguntó de pronto el exespía Anatole Simonet.

—Todo parece indicar que sí. Cuando menos, anatómica y

oficialmente.

—Bueno... Pienso que un sujeto así bien podría tener algo que ver con la violación y asesinato de Bernard y los otros dos.

—Podría ser. Pero cuidado, Anatole: nada de ir a Cannes con ideas preconcebidas.

—Ya me sé todo ese rollo. ¿Cuándo tengo que ir a Cannes?

—Tengo una avioneta en Orly, esperándole.

—¿Quiere decir que tengo que marcharme ahora?

—El tiempo es oro —sonrió el visitante, amablemente—. Puede estar en Cannes, ya instalado, a las diez de la noche.

—Pero estoy... estoy esperando a... a una persona...

—Aplace la cita. No creo que tenga usted ninguna dificultad.

Anatole Simonet abrió la boca, con gesto agrio..., pero de pronto bajó la mirada hacia las fotografías, y colocó ante sus ojos, sostenidas como si fuesen naipes, las de Jean Bernard, Roger Leclerc y Michel Depuy, tres agentes del SDECE asesinados. Asintió en silencio, devolvió las fotografías al visitante, y abandonó la salita. Reapareció apenas tres minutos más tarde, empujando con los pies una maleta y colocándose los atalajes de una funda axilar.

—Será mejor que me vaya antes de que...

Entonces.

Entonces fue cuando volvió a sonar el timbre de la puerta.

—¿Quiere que dé la caía por usted? —se ofreció el hombre.

—Claro que no —gruñó Anatole.

Terminó de colocarse la funda, metió la pistola dentro, se puso la chaqueta, agarró la maleta, y señaló hacia el recibidor. Los dos fueron hacia la puerta. Anatole la abrió, haciendo lo posible por conseguir una sonrisa.

—¡Vengo a gozar de...!

Así empezó Dedé su presentación. Pero la bellísima muchacha calló bruscamente, miró al visitante de Anatole, de nuevo a éste, luego la maleta, volvió a mirar a Anatole... Luego, Dedé bajó los brazos que había alzado con gesto de triunfo. Junto a Anatole, el visitante pensó que realmente acababa de hacerle la gran jugada al exespía: la chica valía un viaje a pie al Everest, por lo menos. Sobre todo, ahora que sus ojos parecían lanzar llamaradas hacia Anatole.

—Tengo que marcharme urgentísimamente, Dedé, lo siento —masculló Anatole—. Vuelve dentro de una semana. Para entonces

habré cobrado una herencia y nos desquitaremos. De verdad lo siento... ¿Hasta la vista?

Se acercó para besar a Dedé, pero ésta retrocedió vivamente y espetó:

—¡Imbécil! ¡Nunca más vendrá Dedé aquí! ¡Nunca!

Segundos después, sólo se oía el taconeo de sus zapatos en la escalera.

—De verdad lo siento, Anatole —murmuró el otro.

—¡Váyase al cuerno!

CAPÍTULO II

A la mañana siguiente, la bella ciudad costera francesa contaba con un turista más. No veraneante, puesto que sólo estaba mediada la primavera; un turista. Nacional, eso sí. Un turista que paseaba por el Boulevard de la Croisette como encantado de la vida... y encantando a quienes se cruzaban con él, especialmente a las mujeres, que le miraban con incredulidad.

Aquella mañana, lo primero que había hecho había sido alquilar un coche, con el que se llegó, muy de mañana todavía a Coline de St. Antoine, exactamente al Boulevard Beausoleil, a fin de echar un vistazo preliminar a la villa de Gastón Merimée.

Hermosa villa.

Pinos, flores, piscina, tenis... Un jardinero. Un hombre que debía ser el encargado de cuidar la piscina y la pista de tenis. Eso fue todo, de momento. Y como Anatole Simonet quería y sabía hacer las cosas bien, decidió alejarse, evitando el riesgo de ser visto rondando la villa de Merimée, lo que habría perjudicado sus planes.

Así pues, regresó al centro, dejó el coche y se dedicó a pasear. Almorzó en Le Festival: *Bouillabaise, loup flambé au fenouil*, media botella de «Estandon», fruta, café... *Ça va!* Luego se fue a un cine. Más tarde, volvió a pasear, siempre a pie. La cena. Visita al hotel. ¿Había algún recado para él? No, *monsieur*.

Muy bien. Claro que no había ni podía haber ningún recado para el bello Anatole, pero hay que dar naturalidad a todo. ¿No había ningún recado? Oh, perfecto: iría a divertirse un poco por ahí.

Eran poco más de las diez de la noche cuando Anatole Simonet hacia su entrada en el Coc d'Or. El local era elegante, muy agradable, y había en él gente de todas clases; unos porque les gustaba reunirse allí; otros porque les gustaba ver a los que se reunían allí. Y la presencia de unos daba ambiente a la presencia de otros.

¿Gastón Merimée? Allí estaba, sentado a una mesita con precioso mantel de color violeta. Precioso, impecable, extraordinario con su cabello rojo y su bello rostro maravillosamente maquillado de noche. Un auténtico pasmo. Pero no era esto lo que podía considerarse más pasmoso, ya que Anatole conocía a Merimée por fotografías. Lo pasmoso era que, además de compartir su mesa con tres hombres más, había también una mujer.

¿O era un hombre que parecía una mujer?

Desde la barra, donde Anatole había pedido un «Pernod» con agua, examinó con detenimiento bien disimulado a la mujer. Sí, tenía que ser una mujer, pese a su aspecto austero, seco, casi hostil. Sus cabellos eran negros y debían ser muy largos, pero los llevaba recogidos en un severísimo moño. Llevaba lentes. No se maquillaba lo más mínimo. Ni siquiera se pintaba los labios. Su vestido de noche era sencillamente horrible: recio, poco escotado, antiguo... Tras los cristales de los lentes, Anatole alcanzó a distinguir el azul de sus ojos; y la cortés expresión que parecía querer ocultar su indiferencia hacia lo que pudiese ocurrir en el Coc d'Or.

¿Y los otros tres hombres? Pues, a decir verdad, no parecían mucho más varoniles que Merimée, para expresarlo de un modo discreto. Estaban riendo los cuatro hombres. La mujer tenía la mirada perdida, ausente. Al parecer, le interesaban más sus pensamientos que lo que pudiese ocurrir en el Coc d'Or, no cabía duda.

Anatole estuvo esperando a que Gastón Merimée le mirase, lo que sucedió tres o cuatro minutos más tarde. Simplemente, la mirada de Merimée pasó sobre Anatole; inmediatamente, éste bajó los ojos hacia el suelo. Cuando alzó un poco los párpados, Merimée le estaba mirando fijamente.

Muy bien.

Se dedicó a mirar a las personas que bailaban en la pista circular, como sumergidas en una extraña luz fluorescente. Bebió otro traguito de «Pernod», pareció vacilar, y por fin se metió en la pista, comenzando a bailar solo, sin empacho alguno. En una de las vueltas se dio perfecta cuenta de que Merimée no le quitaba la vista de encima.

Perfecto.

Haciendo chascar los dedos con gesto de pasarlo fantásticamente

en solitario Anatole Simonet estuvo bailando solo cosa de un minuto, mientras en sus evoluciones se iba acercando al otro extremo de la pista, cada vez más cerca de la mesa de Merimée. Y finalmente quedó tan cerca que no podía estarlo más. Entonces miró a la mujer de los lentes y le hizo una seña simpática.

La mujer no se dio cuenta, pero sí Gastón Merimée, que la tocó en un brazo y luego, sonriente, señaló a Anatole. La mujer miró a éste, frunció el ceño al captar la nueva seña de Anatole, y movió negativamente la cabeza. Anatole puso cara de pena. Merimée sonrió de nuevo, y le dijo algo a la mujer. Ella negó de nuevo. Merimée insistió, y la mujer, de mala gana, se puso en pie.

Anatole se acercó más al borde de la pista, y tendió la mano hacia la mujer, a la que pudo ver ahora de cuerpo entero. ¿Cómo era posible que una mujer se vistiese de aquel modo?

—Hola —sonrió deliciosamente—. Anatole... ¿Y tú?

—Doc... Myléne.

—¿Docmiléne? —Se sorprendió Anatole, llevándola hacia el centro de la pista—. Nunca he oído ese nombre.

—Sólo Myléne.

—Ah. ¿Por qué no querías bailar conmigo? —comenzó a moverse—. ¿Te resulto desagradable?

Ella lo miró con fijeza, como perforando los cristales de sus lentes y hasta los ojos de Anatole.

—No —murmuró.

—Menos mal. ¿Estás cansada, quizá?

—No. Simplemente, no me gusta bailar.

—¿De veras? —Se sorprendió Anatole—. ¿Por qué?

—Es una tontería.

Anatole Simonet la miró con encantador gesto de asombro.

—¿Te parece una tontería bailar? Pues ¿qué es lo que te gusta hacer?

Ella no contestó. Se movía frente a Anatole con cierta torpeza y, ciertamente, no parecía demasiado feliz. La idea de que podía ser un travestí pasó por la mente de Anatole Simonet; pero si lo era, había conseguido unos pechos de auténtica sensación. ¿Sería posible que pudieran conseguirse unos pechos así en un hombre? Pero no, no podía ser un travestí, porque si lo fuese, precisamente vestiría con más... charme, y lo primero que haría sería mostrar

adecuadamente los pechos.

—¿No me dices qué es lo que te gusta hacer? —preguntó Anatole.

—¿Para qué?

—Quizá coincidamos en los gustos.

—Lo dudo —sonrió ella, despectivamente.

—Caramba, no eres muy amable. Si se trata de que te resulto tan desagradable, tan insoportable, lo siento. Podemos dejar de bailar cuando gustes.

Ella volvió a mirarlo, con cierto renovado interés. La voz de Anatole era suave, dulce, de dicción perfecta.

—No he pretendido molestarte —se disculpó ella, cortésmente—. Has sido muy amable al invitarme a bailar. Pero como te he dicho, simplemente, no me gusta.

—Bueno..., si prefieres que tomemos algo en la barra...

—Ya estoy tomando champaña con mis amigos.

—Ah, sí... ¿Quiénes son?

—Amigos.

—El del pelo rojo... Es extraordinario. ¿Quién es?

Mylène le dirigió una mirada visiblemente irritada.

—Si quien te interesa es él, ¿por qué demonios me has sacado a mí a bailar? —Gruñó.

—Mujer, no te lo tomes así... ¡Es que lleva un maquillaje fenomenal! Una maravilla de perfección. Me gustaría saber cómo se las arregla. Con un maquillaje así...

—¿Sabes qué te digo? —Dejó de bailar Mylène de pronto, lanzando chispas por los ojos—. ¡Que te vayas a la mierda, bicho raro! ¡Y si quieres bailar, saca a uno de los tuyos! ¿Entiendes?

No esperó la respuesta. Dejando a Anatole pasmado en el centro de la pista, Mylène le volvió la espalda y regresó rápidamente a la mesa. Ni siquiera se sentó. Se colocó delante de Gastón Merimée con expresión furiosa y comenzó a hablar. Merimée pedía paz por señas, pero ella no estaba dispuesta a aceptar esa paz. Dijo algo más, recogió un prehistórico chal del respaldo de la silla, se lo tiró sobre los hombros, y sin duda alguna, se dispuso a marcharse. Gastón Merimée la agarró de una mano, pero ella se soltó de un enérgico tirón y comenzó a caminar. Hubo un breve titubeo en Merimée. Luego, dijo algo, se puso en pie y sus tres bellos

acompañantes le imitaron. Merimée dejó unos billetes sobre; la mesa y partió en pos de Myléne, seguido por los tres bellos amigos.

Anatole Simonet estuvo en la pista hasta que los vio salir a todos del local. Luego, regresó al mostrador, se sentó ante su vaso de «Pernod», acabó de vaciarlo, e hizo una seña al camarero.

—Otro, por favor...

El segundo «Pernod» le fue servido. Otro sorbito. Sacó un cigarrillo, lo encendió...

—¿Me invitas? —Oyó a su derecha.

Terminó de encender el cigarrillo y miró a la muchacha que le había interpelado. Preciosa. Cabellos cobrizos, cuerpo sensacional, ojos verdosos, piel fina... Anatole Simonet sonrió.

—¿A qué? ¿A fumar o a tomar algo? —preguntó.

—Primero a fumar. Pero no voy a oponerme a cualquier otra clase de invitación.

—Pues pide lo que quieras —sonrió de nuevo Anatole, mientras le ofrecía un cigarrillo.

Ella pidió un combinado de champaña, encendió el cigarrillo en la llamita que le ofrecía Anatole y, de pronto, se echó a reír.

—La verdad —exclamó—, yo diría que has salido bien librado.

—¿A qué te refieres? —Alzó las cejas Anatole.

—¿Cómo se te ocurrió invitar a bailar a semejante cardo? Me refiero a la fulana de los lentes, ya sabes.

—Oh, sí... Bueno, no sé... Tampoco estaba tan mal, mujer.

—¿Que no estaba tan mal? ¡Pero si era más varonil y sería que un militar retirado!

Anatole sonrió divertidísimo.

—¡Qué simpática comparación! —acabó riendo—. La verdad es que no era muy simpática, desde luego. Y además, algo no funciona bien en su caja de los pensamientos; de pronto, se molesta por no sé qué, da la vuelta y me deja hecho un pasmado en la pista... Bueno, pero según parece, ya has visto eso, ¿no?

—¡Claro que lo he visto! Y te está bien empleado por no saber elegir mejor tus compañías.

—Ya. ¿Tú sí sabes?

—Juzga tú mismo: ¿te consideras buena o mala compañía?

—Hasta ahora, nadie se había quejado —terminó por reír de nuevo Anatole—. Oye, tú sí que eres simpática. ¿Cómo te llamas?

—Sigrid. Soy alemana.

—Aaaah... ¡Ya me había parecido notar un acento extraño en tu voz! Pero hablas muy bien el francés, de veras. ¿Quieres otra copa?

—No, gracias.

—¿Te gustaría bailar?

—Me gustaría. Pero no me hace mucha gracia que me pisen... ¡No lo digo por ti! Simplemente, hay demasiada gente aquí, y no se fijan demasiado dónde ponen los pies.

—Es cierto. Todo un problema... ¿Se te ocurre algún sitio donde podríamos ir a bailar sin que nadie nos pisotease?

—¿Te gustaría? —entornó los párpados Sigrid.

—No he venido a Cannes a aburrirme, francamente. Para eso me habría quedado en Lyon trabajando.

—¡Qué horror! ¡Lyon! ¡Y trabajando!

—Cosas de la vida —volvió a reír Anatole, en plan sencillamente encantador—. ¿De verdad no quieres otra copa?

—¿De verdad eres tan tímido?

—No te comprendo.

—Cualquier hombre se habría apresurado a aprovechar la ocasión al oírme decir que podríamos ir a bailar a otro sitio.

—Entiendo. No, no soy demasiado tímido. Es sólo que estoy en un hotel y no me parece el sitio indicado para poner música. Si tú conoces el sitio indicado...

—Tengo un apartamento no muy lejos de aquí.

—¿Con música?

—Y con champaña.

—Maravilloso. Espero que no molestemos a nadie si \ amos allá.

—¡No creo! —rió Sigrid.

—Bueno, en ese caso...

—Tengo mi coche aquí mismo —dijo la bella Sigrid.

—Pero si vives tan cerca...

—Relativamente cerca —puntualizó ella.

Llegaron al coche, se sentaron ambos en el asiento delantero y la muchacha lo puso en marcha.

Era cierto, el apartamento no estaba lejos. Tardaron apenas tres minutos en llegar. Ella detuvo el coche y señaló el bonito edificio, con terrazas desde las que debía verse el mar. Un minuto más tarde llegaban a pie al segundo piso. Sigrid abrió con el llavín, encendió

la luz y entró. Anatole lo hizo detrás, cerrando la puerta. Inmediatamente, la bella Sigrid se colgó de su cuello y le besó en los labios. Sin inmutarse, Anatole Simonet rodeó la cintura femenina con sus brazos, y correspondió al beso adecuadamente. Sigrid se estremeció graciosamente y emitió un gemidito.

Por fin se apartó y se quedó mirando a Anatole con los ojos muy abiertos.

—Qué bien besas —murmuró.

—Cuestión de práctica —sonrió amablemente Anatole—. Tú tampoco lo haces mal, Sigrid.

—Me parece que tengo un par de botellas de champaña en el frigorífico —dijo—. Un momento... ¡Oh! Todavía no sé cómo te llamas.

—Anatole... Anatole Simonet.

—Anatole... ¡Me gusta!

—Esto marcha, entonces —sonrió Anatole.

Ella rió y desapareció hacia la cocina. La mirada de Anatole Simonet se endureció, pero no demasiado. En el fondo de sus ojos había una expresión de gran divertimento..., pese a lo cual la mirada que dirigió alrededor no pudo ser más atenta y seria. Bueno, una salita encantadora de un apartamento encantador de una chica encantadora. Eso parecía todo.

Anatole movió la cabeza y se acercó a la pequeña librería. Una sonrisa se deslizó, fría y dura, por sus labios al no ver entre los libros ni uno solo editado en alemán. Claro que podía ser casualidad... Su fino oído captaba rumor en la cocina. Ruido de cristal. La puerta del frigorífico al ser cerrada de golpe. Incluso oyó nítidamente el chasquido del interruptor de la luz al ser accionado. Sí, señor; tenía un oído finísimo.

Sigrid apareció con una botella de champaña, en efecto. Para entonces, Anatole estaba sentado en el sofá, frente a la mesita. La muchacha puso la botella ante él.

—Voy a poner algo de música mientras descorchas la botella. ¿Te parece bien?

—Me parece magnífico.

—¿Qué clase de música te gusta?

—A mí me gusta todo de lo mejor. Y hablo en serio.

—¿De veras? ¿Nadaailable, entonces?

—¡Claro que no! ¿Qué me dices de Wagner?

—¿Quieres escuchar a Wagner... en estos momentos?

—¿Por qué no?

—¡Pues... porque no tengo nada de Wagner!

—Terrible. Pon lo que quieras, entonces.

—¿Te parece bien Paul Mauriat?

Anatole se quedó mirándola con gesto de pasmo, pero en seguida sonrió amablemente.

—¿Por qué no? Al menos, suena muy bien.

Descorchó la botella. Sigrid puso un LP de Mauriat y fue a sentarse junto a él. Anatole sirvió champaña en las copas y ofreció una a Sigrid, alzando la otra con gesto de brindis.

—¿Por qué brindamos?

—Oh... Por... ¡por todo!

—¡Por todo! —rió Anatole.

Bebieron mirándose a los ojos. Sí, señor, la situación ofrecía un gran divertimento a Anatole Simonet. Miraba muy afablemente a Sigrid, casi cariñosamente, dulcemente. No tenía por qué ponerse desagradable, pues siempre había dicho y sostenido que cada cual tiene derecho a hacer su trabajo. Sólo que solía añadir que había que hacerlo bien. Sea cual fuere. Y Sigrid estaba cometiendo el error de considerar que estaba jugando con un ratoncito inofensivo. ¿O no?

—¿A que sé lo que estás pensando? —rió de pronto Sigrid.

—¿Qué estoy pensando? —se sorprendió Anatole.

—Que estoy demasiado vestida para una reunión tan simpática como ésta.

Anatole aún puso gesto de mayor sorpresa. Sigrid llevaba un bonito vestido corto de noche, muy sugestivo, y ciertamente, no era tela lo que sobraba en él. Prácticamente, los senos rebosaban del escote, blancos y firmes, muy bonitos.

—Tienes razón —asintió por fin Anatole—. Pero esto tiene muy fácil remedio. ¿Me permites?

Quitó la copa de la mano de Sigrid tras dejar la suya sobre la mesita. Luego, la tomó por los brazos y la hizo desplazarse hasta que la colocó sentada sobre sus rodillas. Entonces, siempre suavemente, le bajó los tirantes del vestidito, de modo que pudo bajar el corpiño hasta la cintura.

—Caramba... —sonrió—. ¡Pero si no llevas sujetadores!

—No los necesito —murmuró Sigrid.

—Como auxiliar anatómico, no, pero todavía no es verano, mi preciosa Sigrid.

Pasó la mano derecha por la nuca de ella y la obligó a bajar la cabeza. Sus labios tomaron los de la muchacha, que volvió a estremecerse... El aspecto de Anatole Simonet podía ser el que quisieran, pero sus besos eran auténticas descargas eléctricas. La descarga aumentó de voltaje cuando Anatole hizo de las suyas con su manita.

Sigrid volvió a gemir.

Y gimió de nuevo cuando Anatole fue deslizándose sus labios por el cuello, en besos diminutos, quemantes, sin dejar de acariciarla.

—Eres... demasiado... rápido —susurró ella.

—Pero tengo mucho aguante —aseguró él—. Y por si no sabes a qué me refiero, te diré que, simplemente, la noche empieza ahora...

—¿Contenta? —preguntó amablemente Anatole.

—¡Oh, sí! —Estiró ella los bracitos—. ¡Muy contenta!

—Me alegro muchísimo. —Anatole se despegó de ella, poniéndose en pie—. Permíteme acompañarte al dormitorio.

—¿Al dormitorio? ¡Pero si ya...!

—No vas a pasarte así la noche, mi amor. Permíteme que te elija una... vestimenta más adecuada. Ya te he dicho que la noche, simplemente, empieza ahora.

La ayudó a ponerse en pie, le puso bien el vestido y la tomó de una mano, tirando de ella.

Entraron en el dormitorio tras recorrer el corto pasillo. Sigrid encendió la luz, y en seguida echó los brazos al cuello de Anatole.

—¡Lo vamos a pasar...! —empezó.

El puño derecho de Anatole se hundió, en corto, con seco golpe de karate, en el vientre de Sigrid. La muchacha aspiró aire con ronco sonido, atragantándose, y se soltó, encogiéndose, demudado el rostro, cuyos ojos desorbitados se alzaron hacia Anatole Simonet... La mano derecha de éste, convertida en implacable hacha, cayó en perfecto atemi sobre el cuello de Sigrid, que cayó fulminada sin conocimiento a sus pies.

Voilà!

CAPÍTULO III

Anatole Simonet se acucilló junto a Sigrid, y le puso dos dedos en una carótida. Nada de particular; la alemana se había desvanecido, sin mayores males.

Se irguió, fue al armario, lo abrió y echó un vistazo. Poca cosa tenía la bella Sigrid, desde luego. Había una maleta, de fabricación alemana, eso sí; la puso sobre la cama y la abrió. Movié la cabeza con gesto de disgusto al ver que había prendas de vestir dentro.

—Hay que ser más ordenada, querida; cuando una se instala en un sitio, pues... se instala bien.

No había nada interesante en la maleta. Ni en el armario. Ni en el dormitorio, que repasó con rapidez, pero con ojo expertísimo. De la maleta sacó unos *pantys* preciosos, también de fabricación alemana. Separó las dos piernas de un tirón y con una de ellas ató las manos de Sigrid a la espalda, y con la otra amarró fuertemente los pies. Luego le metió en la boca unas braguitas deliciosas y las sujetó con otra media.

Volvió a la salita. Desde luego, el champaña no estaba narcotizado, así que se sirvió otra copita, que fue paladeando mientras miraba alrededor. No, allí no iba a encontrar nada especial, lo sabía con certeza. Nada, salvo la propia Sigrid. Pero la pregunta estaba bien clara en su mente: puesto que el champaña no estaba narcotizado, y la bella Sigrid, evidentemente, no tenía armas..., ¿para qué había llevado allí al guapo Anatole Simonet? ¿Realmente para hacer el amor?

La experiencia le decía que no a Anatole Simonet.

¿Entonces...?

¡Claro!

Miró hacia el ventanal que daba a la terraza. Luego hacia el pasillo. Volvió allá y comprobó que también el dormitorio donde yacía Sigrid daba a la fachada de la casa, como la terraza. ¡Claro!

Sonriendo, Anatole apagó la luz de la salita. Luego lúe a sentarse al sofá, bebió otro sorbito de champaña y se dispuso a esperar.

Ni siquiera tuvo que hacerlo quince minutos, antes de que su finísimo oído captase el sonido en la puerta del apartamento. Un sonido metálico. Luego, un suave chasquido. El tono del ambiente cambió: la puerta del apartamento había sido abierta. Anatole sacó su pequeña pistolita especial y se deslizó en silencio hacia la entrada a la salita. Oyó cerrarse cautamente la puerta. Luego, las pisadas, acercándose desde el pequeño recibidor. Allá estaban: habían visto encendida la luz del dormitorio, apagada la de la salita y habían subido convencidos de que la presa estaría en la cama con el cebo, inerme. Muy bien.

Su mano izquierda se posó sobre el interruptor de la luz. Las pisadas se acercaron más, más, más... Anatole encendió la luz con la mano izquierda, y extendió el brazo derecho, firme en su mano la pistolita.

—¡Quietos! —Sonó su voz por encima del respingo de los dos hombres.

Éstos habían vuelto la cabeza hacia la salita, y sus ojos, muy abiertos, quedaron fijos en Anatole. Sólo un instante; en seguida, uno de ellos lanzó una exclamación y llevó la mano derecha hacia la axila izquierda.

Anatole no disparó. Simplemente dio un paso hacia delante, y disparó su pierna derecha hacia los genitales del hombre, acertándole de lleno. Fue un golpe escalofriante, que hizo brincar al sujeto, olvidado en el acto de su pistola y llevándose las manos a las ingles, demudado el rostro, roto su grito de dolor mientras caía de cara y rodillas al suelo, encogido.

El otro estaba sacando ya su pistola, pero tampoco disparó Anatole entonces. Giró, apenas su pie derecho hubo regresado al suelo, y siguiendo ese giro, su codo derecho fue a hundirse en fortísimo *ude ate* en el pecho del hombre, y al mismo tiempo la mano izquierda se cerraba sobre la pistola que empuñaba, arrancándola de un tirón y tirándola hacia el interior de la salita.

El sujeto, que había sido clavado contra la pared por el golpe de karate, reaccionó al ver de espaldas a su enemigo y se apresuró a rodearle con sus brazos por detrás, abarcando todo el torso y presionando los brazos, por encima de los codos, contra aquél.

Perfecto.

Así había sido calculado. Anatole flexionó un poco las piernas y encogió hacia abajo su hombro izquierdo, librándolo con toda facilidad de la presa; simultáneamente, su mano izquierda asía la ropa del codo derecho de su adversario, y acto seguido encajaba la parte exterior del hombro derecho en la axila de este lado del hombre... Sólo tuvo que inclinarse hacia delante tirando del brazo izquierdo del antagonista, que emitió un agudo chillido cuando fue elevado por el *ippon seoi nage* de judo y lanzado hacia el interior de la salita.

Es decir, ésta era la intención de Anatole, pero no había contado con la altura del marco de la puerta. El hombre chocó contra la madera con la espalda, cuando estaba cabeza abajo; quedó frenado, pues, en su vuelo y cayó a los pies de Anatole..., precisamente de cabeza. Se oyó un chasquido y eso fue todo. El hombre quedó inmóvil en el suelo, mientras Anatole se volvía hacia el otro, que comenzaba a reaccionar y lo fulminaba de bruces con impecable, casi exquisito *atemi*.

Cuando los dos hombres recuperaron el sentido, estaban sentados en el sillón, atados de pies y manos con medias de señora y con trozos de sábana. En medio de ambos, estaba Sigrid, igualmente atada, y, además, amordazada. Delante, tenían la mesita, con la botella de champaña y una copa.

La otra copa, mediada de burbujeante y dorado champaña, estaba en la mano izquierda de Anatole Simonet, que, sentado al otro lado de la mesita en un sillón, les contemplaba afablemente. En la mano derecha, Simonet sostenía dos pasaportes, que los dos hombres reconocieron inmediatamente.

—Alemanes —sonrió Anatole—. Pero, naturalmente, son falsos. Ustedes y la bella Sigrid son rusos. ¿De acuerdo? Oh, perdón, Sigrid, lo había olvidado...

Dejó los pasaportes sobre la mesita, se inclinó por encima de ésta, y bajó la mordaza de la muchacha, que aspiró hondo. Los dos rusos, que no habían sido amordazados, miraban a Anatole con expresión asesina.

—¿Así estás mejor? —preguntó amablemente Anatole.

—¿Quién eres? —jadeó la falsa alemana.

—Volvamos el calcetín al revés —dijo siempre amablemente Anatole—. Yo pregunto: ¿quién creías tú que yo podía ser, cuando te decidiste a abordarme después de haberme visto bailando con aquel cardo con lentes que estaba con Gastón Merimée?

Se quedaron mirándole los tres en silencio. Anatole frunció el ceño.

—Preferiría que ésta fuese una amable reunión entre colegas inteligentes —murmuró—, pero podemos llevar la asamblea de otro modo, si no les gusta el mío.

—¿Tú eres del SDECE? —murmuró Sigrid.

—Seguro —asintió Anatole—. Y vosotros tres sois de la MVD rusa. Y ya hechas las presentaciones, supongo que podremos hablar en serio. ¿Qué esperabais conseguir de mí?

Hubo un cambio de miradas entre Sigrid y sus dos amigos. Por fin, la muchacha murmuró:

—Queremos saber qué ocurrió con un compañero nuestro.

—¿Con Mihail Neurozov?

—Sí. Tanto si eres del SCEDE como si eres un... amigo o empleado de Gastón Merimée tienes que saberlo.

—Ah, ¿de modo que al principio pensaste que era un pobre marica amigo de Merimée que había hecho contacto con él por medio de la fulana de los lentes? Pues no. Soy del SDECE, y quiero saber por qué vuestro camarada Mihail Neurozov vigilaba a Merimée. ¿Por qué?

—¿No te lo dijo él antes de morir? —espetó secamente de pronto uno de los hombres.

Anatole parpadeó.

—¿De modo que también vuestro compañero ha muerto? —musitó.

—¿Qué quieres decir? —Exclamó Sigrid—. ¿Qué significa eso de también?

—¿Matasteis vosotros a tres agentes del SDECE, a cuchilladas..., después de violarlos?

Los dos hombres palidecieron. Sigrid exclamó:

—¿También los del SDECE...?

Anatole comprendió en seguida.

—O sea —dijo—, que vuestro camarada Neurozov también fue... vejado antes de morir acuchillado. Bueno, podéis tener la

seguridad de que el SDECE no ha tenido nada que ver con eso. Y no hace falta que me juréis que tampoco vosotros tenéis nada que ver con las muertes de tres hombres del SDECE. ¿De acuerdo?

—¡Claro que no matamos a nadie del SDECE!

—En ese caso, y dadas las circunstancias de las muertes de mis tres compañeros y del vuestro, parece que todos debemos pensar que Gaston Merimée es el principal candidato a nuestras pesquisas. Nada de acusaciones mutuas, *¿de acuerdo?*

—Sí —musitó Sigrid.

—Bien. Nos ocuparemos, entonces, de investigar esos cuatro asesinatos. Y como ya he dicho, parece que todo apunta a Merimée. ¿Por qué vigilaba Mihail Neurozov su villa?

—¿Cómo sabes eso? —preguntó a su vez Sigrid.

Anatole Simonet vaciló unos segundos; por fin, encogió los hombros, y procedió a explicar con brevedad y claridad lo mismo que le habían explicado a él en París. Cuando terminó, los tres rusos le estaban mirando fijamente..., y por sus expresiones, Anatole comprendió que se sentían inclinados a creerle. Con ciertas reservas propias de un espía, pero no demasiadas.

—Os aseguro que es cierto todo lo que os he explicado. Así que, puesto que nos han asesinado a unos cuantos compañeros, podríamos pensar en una especie de... pacto. Yo he sido explícito y sincero. ¿Y bien?

—En realidad —murmuró uno de los hombres—. Neurozov no vigilaba a Gastón Merimée.

—¿No? —Se sorprendió Anatole—. ¿A quién, entonces?

—A la doctora Rousseau.

—¿A la doct...? —Los recuerdos acudieron nítidos a la mente de Anatole Simonet—. ¿Doctora Myléne Rousseau?

—Sí.

—¿La cardo? —Miró Anatole a Sigrid.

—Sí. La de los lentes.

—Ya, ya... ¿Qué tiene ella de importante?

—Ella quizá no demasiado. No lo sabemos... Lo que sí sabemos es que hasta hace un tiempo estuvo trabajando en París a las órdenes del profesor René Soustel; mejor dicho, era su ayudante, su secretaria, todo en uno. Hace poco, el profesor Soustel murió, y la doctora Rousseau se encontró sin trabajo. De pronto, se vino a

Cannes, y nosotros, que la vigilábamos, informamos de ello a Moscú. Y de Moscú enviaron a Neurozov.

—Entiendo, entiendo. Pero... ¿por qué vigilabais a la doctora Rousseau?

—En París vigilábamos al profesor Soustel. Al morir éste, pensamos que quizá la doctora Rousseau podría seguir con sus investigaciones, así que cuando supimos que había venido a Cannes, nos ocupamos de ella.

—¿Qué investigaciones? ¿A qué se dedicaba el profesor René Soustel?

—A la bioquímica.

—La bioquímica... ¿De modo que el cardo con lentes sabe esa clase de cosas?

—Evidentemente. Estábamos preparando una... investigación a fondo cuando las cosas se complicaron. Pensamos que quizá la doctora Rousseau recibiera ciertas... informaciones o enseñanzas del profesor Soustel, y puesto que éste nos interesaba, ella nos interesa.

—Lo comprendo muy bien. ¿Habéis tenido alguna clase de contacto con ella?

—Neurozov estaba estudiando esa posibilidad.

—¿Pero todavía no?

—No.

—Bueno... ¿Qué clase de estudios de bioquímica puede estar realizando exactamente la doctora Rousseau?

—No lo sabemos. Nos interesa por cuanto debe haber heredado ciertos conocimientos o fórmulas de Soustel, y éste era un hombre de gran valía científica, que estaba dedicado últimamente a algo que debía ser muy importante. Nosotros esperábamos el momento de contactar con él, pero su muerte lo ha echado todo a rodar.

—Y ahora tenéis a la doctora.

—Sí.

—¿No sabéis qué estaba investigando el profesor Soustel?

—No. Pero lo que fuese, dada su categoría científica, tiene que ser importante.

Anatole Simonet estuvo pensativo durante casi un minuto. Por fin, sonrió secamente, mirando a Sigrid.

—¿Sabes qué pienso, querida?: que me estáis mintiendo, y sí sabéis a qué se dedicaba Soustel. O eso, o acabáis de contarme un

cuento chino.

—Piensa lo que quieras —replicó desabridamente Sigrid.

—Respecto a la doctora Rousseau, pienso de ella que muy bien puede estar trabajando para Merimée como química inventora de pócimas.

—¿De qué?

—De pócimas: maquillajes, carmín, perfumes... Todo eso.

Los tres rusos se quedaron mirando fijamente a Anatole. El de más edad acabó por soltar un gruñido.

—Quizá —admitió—. Pero entonces..., ¿quién y por qué mató a Neurozov..., y a tus tres compañeros del SDECE?

—Buena pregunta —murmuró Anatole.

—Mejor sería la respuesta.

—Sí, en efecto. Bueno, entiendo que después de la muerte de Neurozov los demás muchachos de la MVD recibieron orden de desalojar Cannes, y os enviaron a vosotros, que sois desconocidos aquí, con el exclusivo propósito de saber qué había pasado con Neurozov y qué ocurre con la doctora Rousseau. ¿Es así? ¿Estáis solos en Cannes?

—Sí.

—Vaya, eso no está bien —sonrió Anatole—. Espero que no os disguste la hospitalidad francesa.

—¿Qué quieres decir?

Anatole sacó un bolígrafo, que sólo sorprendió a los rusos un brevísimo instante. Para cuando Anatole comenzó a hablar con el bolígrafo, los tres espías soviéticos no precisaban, ciertamente, ninguna explicación.

—¿Hola? Soy Anatole Simonet... ¿Hola?

—Adelante, Anatole —brotó una voz masculina del bolígrafo.

—¿Sabéis dónde estoy ahora?

—En Cannes. Sólo eso. Nuestras instrucciones son de no intervención bajo ningún pretexto..., salvo el de que tú nos llames.

—Pues ya he llamado. Estoy en el apartamento 2 del segundo piso del número 61 del Boulevard Montfleury, y acabo de capturar a tres agentes rusos, dos hombres y una mujer. ¿Qué podemos hacer con ellos?

Tras unos segundos de silencio, volvió a sonar la voz del interlocutor de Anatole.

—¿Es una broma, Anatole?

—No.

—Vamos para allá. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Colocó bien la capucha del bolígrafo, lo guardó en uno de los bolsillos de su llamativa cazadora de piel color oro, y miró amablemente a los rusos, que le contemplaban con gesto hostil a todas luces.

—Eres un puerco —murmuró Sigrid.

—Vamos, querida, ¿qué esperabas? ¿Que os dejase marchar tan campantes? Sé razonable. Mis compañeros os tendrán como... invitados de gran estima, mientras yo intento resolver este pequeño asunto. Cuando todo haya terminado, podréis volver a Rusia. Y si os portáis bien, os prometo que todo se hará discretamente. ¿Qué os parece el trato?

Ninguno de los rusos contestó. Pero eso no importó a Anatole Simonet, que consideraba que toda conversación con ellos ya era innecesaria.

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente sí que *monsieur* Anatole Simonet tenía un recado. Un sobre traído a mano al hotel con la indicación de urgentísimo, de modo que un botones fue encargado de subírselo a su habitación en el, un tanto arcaico pero confortable y lujoso, Mediterranée, en el Boulevard Jean Hibert, frente a la playa.

El sobre era un tanto voluminoso, pero Anatole Simonet insistió en que se lo echaran por debajo de la puerta, y finalmente esto pudo conseguirse. Naturalmente, el sobre contenía información personal sobre el fallecido profesor René Soustel y su, al parecer, eficaz secretaria y ayudante, *mademoiselle* Mylène Rousseau, viva, afortunadamente... para ella. Y de momento.

El bello Anatole dedicó parte de aquella mañana a leer los informes que *monsieur* le había enviado, complaciendo su petición a los agentes que la noche anterior se habían hecho cargo de la bella Sigrid y sus camaradas. El bello Anatole ni siquiera desayunó.

Y todo, para nada, pues cuando terminó la lectura de los informes, solamente había obtenido dos conclusiones, que podían fundirse en una: tanto el extinto profesor Soustel como su resabiada ayudante y secretaria, *mademoiselle* Mylène Rousseau, gozaban de merecido prestigio profesional y personal. Intachables ambos. Por lo demás, dicha sea la verdad, el bello Anatole no entendió demasiado de algunas fórmulas que el SDECE había conseguido sobre ciertos trabajos más o menos antiguos del profesor Soustel..., que estaba siendo investigado más a fondo, naturalmente Sin embargo, *monsieur* había tenido el buen sentido de preparar unos informes resumidos aptos para profanos, sobre algunos de los trabajos del profesor Soustel. Informes que, una vez leídos con suma atención por Anatole Simonet, le llevaron a la conclusión de que, aparentemente, René Soustel no había dedicado sus energías y su

inteligencia a ningún estudio que pudiese resultar peligroso para nadie; más bien, todo lo contrario.

Pero esto era una cosa, y otra cosa muy diferente era creer que una química como Myléne Rousseau estaba trabajando para Gastón Merimée en la producción de cosméticos. Esta producción, destinada a un consumo de lo más frívolo, no encajaba en absoluto con la personalidad de la doctora Rousseau..., que para pasmo de Anatole resultaba que sólo tenía... ¡veinticuatro años!

¿Veinticuatro años, con esa facha..., y dedicada a la invención de cosméticos?

—Ni hablar —dijo en voz alta y muy serio *monsieur* Simonet.

Así que había que hacer caso del buen olfato del espionaje soviético: ¿a qué se había dedicado el profesor Soustel en los últimos días o semanas o meses de su vida..., y cuánto sabía de esto la doctora Rousseau?

Sólo había un modo de saberlo: seguir el juego.

Y para jugar, hay que arriesgarse.

Hacia las ocho y media de la noche, el bello Anatole estaba precisamente ante las verjas de la villa del aún más bello y exótico Gastón Merimée, en la parte más alejada de la entrada, esperando que el sofisticado propietario saliese a una de sus diversiones nocturnas. En cuanto viese salir un coche, Anatole correría hacia donde había dejado el suyo, y seguiría, con su gran experiencia y cautela, a Merimée..., en el bien entendido de que sólo podría suponer que éste iba dentro del coche que saliera de la villa.

Si era así, y Merimée acudía al Coc d'Or, Anatole tenía la certeza de que se efectuaría un... simpático y quizá hasta cariñoso contacto personal. Sabía cómo hacerlo. Pero si Merimée no iba al club especializado en homosexuales, cosa que al parecer no hacía todas las noches, bueno sería saber adónde iba esas noches que no acudía a lucir su extravagante belleza al Coc d'Or.

Hacia las nueve menos veinte, Anatole oyó el zumbido de un motor..., pero estaba seguro de que no sonaba dentro de la villa, sino fuera de ésta..., y acercándose. Segundos más tarde, una camioneta de impoluto color blanco, en cuyo costado había una inscripción que no alcanzó a distinguir bien, se detenía delante de las puertas de rejas de la villa de Merimée. Sonó brevemente el

claxon, y casi en seguida, las puertas fueron abiertas. La camioneta entró en los jardines de la villa.

Anatole miró hacia lo alto de las verjas. Muy bien. Flexionó las piernas, saltó, y su mano derecha se asió al barrote horizontal, por entre dos puntas de lanza a las que mantenía fuertemente encajadas. Subió la otra mano, se izó a pulso, alzó una pierna, y colocó el pie entre otras dos puntas de lanza. Con agilísimo impulso, describió un arco que le llevó a quedar solo sobre un pie entre las dos lanzas. Puso rápidamente el otro pie entre otras dos, y, aprovechando el breve momento de equilibrio, saltó sin vacilación alguna al otro lado, preparados los músculos de las piernas para el fuerte impacto de la caída desde más de tres metros.

Ningún problema. Las piernas resistieron lo bastante bien para que la subsiguiente rodada hacia delante convirtiera el salto en perfecto. Anatole quedó agazapado, acucillado, junto a unos arbustos.

La camioneta se había detenido. Ahora oía voces de hombres. Por entre troncos y arbustos veía las luces de la casa. Se deslizó en silencio, cautelosamente, hacia el edificio. En efecto, pronto vio la camioneta detenida ante la casa, y alrededor de aquélla, varios hombres. La voz de tono delicado le hizo aguzar la vista.

Cierto. Allá estaba Gastón Merimée, frente a las puertas de atrás de la camioneta, dando órdenes. Las puertas fueron abiertas, y los hombres comenzaron a sacar cajas, que llevaban al interior de la casa...

Un rumor a su izquierda sobresaltó a Anatole Simonet. Su fino oído le salvó una vez más: se apresuró a esconderse bien entre unos arbustos..., y segundos después pasaba un hombre por entre los pinos, con un rifle cruzado ante el pecho, sostenido con los brazos, como si lo acuñase. El hombre pasó de largo, continuando su ronda, y desapareció. Anatole apartó los arbustos, mirando de nuevo hacia la camioneta. Seguían descargando cajas.

Y ahora, junto a Gastón Merimée, estaba la doctora Rousseau. Le sentaba mejor la bata blanca que el vestido de la noche anterior. De pronto, oyó su voz, seca y hosca:

—Cuidado con esas botellas: ¡son de cristal, no de hierro!

Uno de los hombres refunfuñó algo. Seguían sacando cajas, con tal rapidez, que no daban tiempo a los encargados de llevarlas

dentro de la casa, de modo que las iban apilando a un lado de la camioneta. Pronto ésta estuvo descargada. Dos hombres subieron a la cabina, y segundos después la camioneta abandonaba la villa. La doctora Rouseau y Merimée cambiaron unas palabras, y ella entró en la casa. Merimée llamó a uno de los hombres, que asintió y fue hacia el garaje, separado una docena de metros de la casa. A los pocos segundos, el coche salía del garaje, y se detenía junto a la camioneta. Merimée dio todavía algunas instrucciones, y él y otro hombre se metieron en el asiento de la parte de atrás del coche, que se dirigió hacia las verjas.

Anatole Simonet continuaba agazapado. Sabía que no podría llegar a las verjas, saltarlas, ir hasta su coche y alcanzar luego a Gastón Merimée, así que tenía que quedarse allí. Que era, en el fondo, lo que deseaba en aquellos momentos, pues siempre habría tiempo de vigilar a Merimée.

Los hombres continuaban recogiendo cajas, ahora del suelo, y llevándolas dentro de la casa. En determinado momento, todos estuvieron dentro de la casa, y Anatole no lo pensó dos veces. En silencio, velocísimo, corrió hacia la pila de cajas, metió la mano dentro de una de ellas, tocó una botella, y la alzó. Era más pesada de lo que podía esperarse, y contenía... un líquido transparente. Líquido que, por supuesto, no era agua.

Una voz llegó al oído de Anatole, que echó a correr de regreso a los matorrales, llevándose la botella. Todavía se estaban moviendo las matas tras las que se había ocultado, cuando apareció uno de los hombres del interior de la casa. En seguida otro. Y dos más. Iban conversando, acercándose a las cajas. El primero agarró la caja que estaba encima, sin dejar de hablar con los otros. Alzó la caja sin mirarla siquiera, hablando, hablando, hablando... De pronto, caminando ya con la caja ante los muslos hacia la casa, bajó la mirada.

Se detuvo en seco.

—¡Eh! —Oyó Anatole su exclamación—. ¡Aquí falta una botella!

Los otros acudieron precipitadamente. Comenzaron a discutir el asunto. Bueno, ¿qué importaba una botella más o menos? Pues sí importaba, porque era la primera vez que sucedía, así que..., ¿qué había pasado? Pero hombre, ¿qué ha de pasar? Una distracción la tiene cualquiera. O quizá se les ha roto por el camino y han retirado

los vidrios rotos. No, porque la caja no está manchada. Bueno, maldito seas, ¿qué importa eso, eh? ¡Eres pesadísimo, cariño! Bueno, no discutir, ya sabremos mañana o pasado lo que ha ocurrido. ¡Terminemos de una vez con esto, estoy fatigadísima! Hubo risas. Uno de los hombres le dio una palmada en las nalgas al que había echado de menos una botella. Más risitas...

En la oscuridad, entre los matorrales, Anatole Simonet sonreía ceñudamente, atento a todo lo que ocurría allí entre aquellos... «hombres».

Y esto fue lo que dio lugar a la dificultad: estaba tan pendiente de aquellos hombres, que no veía ni oía nada más. De modo que cuando los cuatro hubieron desaparecido dentro de la casa, y Anatole salió rápidamente de entre los arbustos ya casi corriendo hacia donde estaban las verjas..., se dio de cara con el hombre del rifle, que caminaba aburridamente, pero que soltó un tremendo respingo al recibir el choque con aquella veloz sombra.

Tras el respingo, la lógica reacción: el hombre movió el rifle para encararlo hacia Anatole, y al mismo tiempo su boca se abría dispuesta a lanzar el grito de aviso.

La mano de Anatole, de suave apariencia, cortó el aire con seco silbido, y fue a golpear, de canto, con terrible fuerza, en la frente del hombre. La frente crujió como madera seca, y el hombre sólo pudo emitir una especie de silbido estremecido un instante, antes de morir y caer hacia atrás, soltando el rifle.

Su cuerpo resonó blandamente sobre la esponjosa tierra un instante después del rifle, que, afortunadamente, no se disparó. Anatole recogió hacia el pecho la dolorida mano, con gesto alarmado. No sólo por el dolor que podía ser indicio de alguna rotura ósea, sino por la posibilidad de que alguien hubiese oído algo.

Pero no parecía que fuese así, de modo que el bello Anatole se dispuso a reanudar su escapada... Se detuvo en seco. Muy bien, en cualquier lugar donde se cargaban cientos de botellas podían olvidar llenar completamente una caja. Un descuido lo tiene cualquiera, y eso podían admitirlo los hombres de Merimée, éste mismo, y hasta las personas que hubiesen enviado la camioneta cargada de cajas con botellas... Pero si además de faltar una botella, encontraban a uno de sus hombres muerto de un golpe, la cosa

cambiaría muchísimo, se aclararía. Claro que no podrían sospechar de Anatole Simonet, pero..., ¿qué reacción tendría aquella gente?

Inmóvil, Anatole oyó salir de nuevo a los cuatro hombres, que ahora reían una broma. Cuatro cajas más fueron llevadas al interior de la casa. Anatole miró al hombre caído ante él. Vio el brillo de sus ojos desorbitados, y los dientes, mostrados en una mueca grotesca.

«Al menos, lo intentaré», pensó el bello Anatole.

Encontró una piedra que le pareció adecuada, se acuclilló junto al hombre muerto, y, tras un instante de vacilación, le golpeó en la frente con la piedra, fuertemente. El hueso volvió a crujir. Y al mirar la piedra, Anatole vio los pequeños jirones de piel y carne machacada adherida a ella, y la sangre. Colocó la piedra en un lugar conveniente del suelo, y luego al hombre tendido de bruces prácticamente sobre ella, con los pies cerca de unas raíces de un pino que sobresalían del terreno.

Si se lo creían, bien. Y si no, mala suerte.

Medio minuto más tarde, sujetando cuidadosamente la botella, Anatole se descolgaba al otro lado de las verjas, y echaba a correr hacia donde había dejado el coche. Cuando partía con éste hacia el centro de Cannes, el rostro del bello Anatole estaba perlado de una fina transpiración; en el asiento contiguo, la botella, extraño botín.

Sacó el bolígrafo, y efectuó el contacto.

—Soy Anatole —murmuró.

—Ah. Todo va bien, tranquil...

—No se trata de eso. Necesito contacto inmediatamente con uno de vosotros. Estoy en dirección al centro desde Coline St. Antoine. Tengo que entregaros una botella.

—Una botella —repitió la voz del bolígrafo—. Y naturalmente, no es una broma tampoco.

—Tampoco —casi sonrió Anatole.

—¿Y de qué es la botella?

—De demonios —masculló el bello Anatole.

—*D'accord!* Sigue bajando hacia Cannes Centro y arréglatelas para circular, muy despacio, por Avenue Beausejour. *Ça va?*

—*Ça va!*

Doce minutos más tarde en el cruce de Avenue Beausejour con rue d'Atnibes Anatole detenía su coche. Junto a él se detuvo otro vehículo y un hombre se asomó por la ventanilla, sonriendo.

—¡Psssst! —llamó.

Anatole lo identificó en seguida. Y también al otro, que veía asomándose por delante del que estaba en la portezuela más cerca de su coche. Sacó la botella, se la entregó, y dijo:

—Quiero saber qué contiene.

—¿Cuándo quieres saberlo?

—AHORA —gruñó Anatole.

Y arrancó.

CAPÍTULO V

Naturalmente, a quien primero vio al entrar en el Coc d'Or fue a Gastón Merimée, sentado a la misma mesa que la noche anterior. Y, naturalmente, esta vez no estaba con él la doctora Rousseau. Y sólo dos hombres. Los mismos que habían salido con él de la villa en el coche.

Sin haber lanzado hacia allí más que la rápida mirada al entrar, Anatole Simonet se dirigió directo a la barra.

—«Pernod» con agua.

Bebió un sorbo. Luego, se volvió a mirar hacia la pista, con gesto amable, descuidado. Y de pronto, como quien recuerda algo, miró hacia la mesa del otro lado de la pista. Su mirada pareció chocar con la de Merimée, que sonrió levemente. Anatole Simonet también sonrió un poco, y luego estuvo mirando a los bailarines, y al resto de los clientes del Coc d'Or. En una mesa cercana, dos supuestos hombres discutían acaloradamente, con voz chillona. En otra mesa, un caballero de aspecto más que próspero departía dulcemente con dos jovencitas encantadores. En otra, un grupo formado evidentemente por varios matrimonios, miraban con sonriente curiosidad las divertidas escenas que, al parecer, satisfacían su curiosidad sobre lo que se decía del Coc d'Or.

Divertido ambiente.

Se volvió a tomar otro sorbo de «Pernod». A decir verdad, detestaba el «Pernod». Había miles de cosas que le encantaban de Francia, pero no el «Pernod»...

Notó un contacto en el hombro, y volvió la cabeza. Junto a él estaba uno de los amiguitos de Merimée, mirándole sonriente.

—Hola —saludó el otro—. No parece muy divertido.

Magnífico. Esto le ahorra haberse tomado la molestia de haberse acercado a la mesa de Merimée a preguntarle por su acompañante de la noche anterior. Lo que, a fin de cuentas, por

natural que hubiese querido parecer, habría resultado un tanto comprometido.

—Hola —respondió sonriente al saludo—. En efecto, parece que no hay mucha diversión aquí. Claro que no puedo asegurarlo todavía, ya que soy nuevo aquí. Sin embargo...

—¿Sí?

—Bueno, me habían hablado... muy satisfactoriamente de este lugar, francamente.

—Ya. ¿Dónde?

—Oh, en Lyon. Soy de allá.

—¿Ha venido solo?

—He cometido esa tontería. Parece que no es divertido estar en Cannes sin conocer a nadie.

—¿Aceptaría tomar una copa con nosotros?

Anatole parpadeó. Sentía una especie de revulsión en el estómago, pero sonrió como maravillado.

—¿Está hablando en serio? —exclamó.

—Venga —rió el otro—. Deje, deje su copa; Pierre se la llevará a nuestra mesa.

—Gracias. Se lo agradezco mucho, de veras, señor...

—André, simplemente.

—Yo soy Anatole. Anatole Simonet.

El llamado André asintió, hizo una seña al camarero, y tomó amablemente de un brazo a Anatole, llevándolo hacia la mesa de Merimée a través de la abarrotada pista. Merimée los estaba mirando acercarse, y Anatole notó como un pellizco en el estómago viendo aquella reluciente mirada fija en él. Cuando llegaron, el otro amigo del homosexual del cabello rojo acercaba ya una silla para Anatole, que se quedó de pie, con las manos en el respaldo.

—Mi compañero Richard —señaló André al que había acercado la silla—. Y el señor Merimée. El es Anatole Simonet. De Lyon.

Richard se limitó a mover la cabeza. Merimée tendió su mano, sonriendo dulcemente. Anatole la estrechó, y tuvo que hacer un esfuerzo para no estremecerse. Había estrechado manos femeninas que tenían más vigor y consistencia que aquélla. Y menos laca en las uñas.

—¿Cómo está, Anatole?

—Muy bien, gracias. Bueno, estaba bastante aburrido, pero al

parecer ese problema se ha solucionado, señor Merimée.

—Gastón, nada más, mi querido amigo. Siéntese, siéntese. ¿Qué le gustaría beber?

—Estaba bebiendo «Pernod» —dijo André—. Pierre traerá ahora su copa.

—Tonterías, tonterías... ¿Qué le parece un combinado de champaña?

—Tomaré lo mismo que ustedes, desde luego —aceptó Anatole, sentándose—. ¿No han traído hoy a su amiga?

—¿Myléne? —Frunció el ceño Gastón—. ¿Le interesa realmente?

—Sólo como curiosidad —rió Anatole—. No quisiera ofender a nadie, pero ella me pareció... un poco rara, ¿no?

—¿Rara?

—Digamos que no es muy simpática.

—Si no recuerdo mal —sonrió deliciosamente Merimée—. Myléne se molestó con usted porque interpretó que sentía más interés por mí que por ella. Al menos, eso dijo Myléne.

Anatole bajó la mirada, y se mordió los labios. Su copa de «Pernod» apareció ante sus ojos, pero oyó a Merimée ordenar que la retirasen, y que trajesen lo mismo que estaba tomando él. Por fin, Anatole alzó los párpados.

—Espero que mi interés por usted no..., no le molestase anoche, Gastón —murmuró—. En realidad me..., me llamó la atención su..., su...

—¿Mi cabello?

—Oh, sí. Pero más aún su..., su maquillaje. Para ser sincero, pedí a Myléne que bailase conmigo porque que ría sonsacarle qué clase de maquillaje usa usted.

Gastón Merimée lanzó una carcajada.

—¿De modo que era eso? —exclamó.

—Pues..., sí. Sí, eso era.

—¿Y por qué no me lo preguntó a mí directamente?

—Pues... Bueno, uno nunca sabe... En fin...

—Es usted muy discreto, querido. —Merimée le dio unas palmaditas en el dorso de la mano—. Pero, ciertamente, no se trata de ir por ahí haciendo esa clase de preguntas. Por otra parte, no es corriente encontrar un hombre que use maquillaje.

—Bueno, yo también he...

—¿Sí?

—Ejem... Algunas ocasiones lo utilizo. En momentos... especiales. Pero nunca he conseguido los resultados de usted.

—Pues eso es muy fácil —volvió a reír Merimée—: sólo tiene que comprar productos Merimée de cosmética.

Anatole quedó con la boca abierta unos segundos, antes de exclamar:

—¿Está usted relacionado con Cosméticos Merimée?

—Yo soy Cosméticos Merimée —dijo enfáticamente Gastón.

—Santo cielo... ¡Ahora comprendo, claro! Bueno, esto es fantástico, realmente.

—No tanto. Pero indudablemente, nadie tiene que enseñarme nada en cosmética en general. ¿A qué se dedica usted?

—Soy pintor. De cuadros —aclaró riendo—, ¡no de paredes!

—¡Así lo he entendido! —Rió también Merimée—. ¿De veras? ¿Pintor? Es un bonito trabajo.

—Sí... Pero no siempre me dedico a eso. No se puede decir que sea un Picasso, por ejemplo, así que no tengo más remedio que ganar algo de dinero en otras tonterías: vendo libros, represento productos electrodomésticos... ¡Lo que va saliendo!

—¡Pero, querido amigo...! —Merimée volvió a darle palmaditas en la mano—. ¡Eso es terrible! ¡Un artista debe dedicarse exclusivamente al arte!

—Ojalá pudiese hacerlo —encogió los hombros Anatole—. Pero ya le digo que no soy precisamente un Picasso. Ah, mi cóctel... A su salud, Gastón. A la de todos...

Bebieron todos un sorbo; Merimée sonrió cuando Anatole chascó la lengua con evidente placer. Luego, miró alrededor, finalmente a Merimée, y sonrió. Le estaban doliendo los labios de tanto sonreír sin tener la menor gana de hacerlo.

—Me gustaría ver alguno de sus cuadros —dijo Merimée.

—Nada más fácil —rió Anatole—. ¡Los tengo todos en casa, en Lyon! Lo cual no sucedería si fuesen buenos, claro está Quizá en Cannes me siento más inspirado.

—Ah... ¿Entiendo que ha venido a Cannes a pintar?

—Digamos que he decidido tomarme unas vacaciones para ponerme a prueba a mí mismo. De momento estoy en un hotel, pero espero encontrar pronto un lugar adecuado, no muy caro, donde

instalarme para cuatro o cinco semanas. Y pretendo partir de cero: no he traído nada. Todo nuevo... ¡Y ojalá pudiese conseguir también que mi inspiración fuese nueva! Puesto que hasta ahora...

—¿Me perdona un momento? —murmuró Merimée, que había estado mirando por encima de Anatole, con gesto preocupado.

—Sí, claro...

Merimée hizo una seña a sus hombres para que permaneciesen allí, y se alejó, seguido por la «perpleja» mirada de Anatole..., que vio en seguida al hombre hacia el cual se dirigía el homosexual. Era el que había estado allí la noche anterior, y uno de los que había visto en la villa. Algo iba a pasar.

Desvió la mirada con toda naturalidad, y miró a André.

—¿Cree que Gastón sería tan amable de orientarme sobre el maquillaje? —preguntó.

—No tengo la menor duda. A Gastón le gusta que todo el mundo sea amigo suyo. Y usted, especialmente, le ha caído muy bien.

Anatole se quedó mirando a André sin pestañear. Luego, bajó la mirada hacia el cóctel. ¡Porquería de trabajo...! Prefería vérselas mil veces con hombres de verdad, aunque se jugase el físico. Por fortuna, con la rusa que decía llamarse Sigrid lo había pasado mejor; el menos, se había divertido, había pasado un rato agradable...

—Lo siento —regresó rápidamente Gastón Merimée—: tengo que marcharme inmediatamente, Anatole No, no se mueva. Aunque yo me vaya, sigue siendo mi invitado.

—Muchas gracias. Espero que no ocurra algo malo Gastón...

—Cosas de negocios.

—Vaya...

—No acostumbro atender mis negocios a cualquier hora, pero una emergencia es una emergencia. Respecto a su búsqueda, Anatole, quizá haya terminado. Vivo aquí, en Cannes: 18, Boulevard Beausoleil... Beausoleil, no Beausejour; algunas personas lo confunden. En Coline St. Antoine. Sin falsa modestia, creo que es una bonita villa... Se me ocurre que quizá le gustaría aceptar mi invitación de pasar allí unos días o unas semanas. Estoy seguro de que será un grato ambiente para pintar.

Anatole Simonet se había puesto en pie, mirando en todo momento, muy abiertos los ojos, a Gastón Merimée.

—¿Está hablando en serio? —exclamó.

—Naturalmente, querido. —Merimée volvió a darle palmaditas en las manos—. ¿Dónde está alojado?

—En el Mediterráneo...

—Vamos, vamos, ése no es sitio para usted... Mañana enviaré a André a buscarle con uno de mis coches.

—Bueno, he alquilado un coche que tengo frente al hotel por si...

—Tonterías, tonterías. Devuélvalo. Le prestaré uno de los míos, claro está. Y ahora, de verdad, perdóneme, pero...

—Sí, sí, lo comprendo.

—Hasta mañana, entonces —volvió a tenderle la mano Gastón.

De nuevo aquella sensación de porcelana blanda en su mano. Anatole se resignó, y además, consiguiendo sonreír adecuadamente. Los tres hombres salieron rápidamente del local, siguiendo al que había conversado con Merimée..., por supuesto sobre lo sucedido en la villa: un vigilante muerto y una botella de menos.

¿Qué contenían aquellas botellas?

Anatole pidió otro cóctel al camarero, por señas, indicándole que lo dejara en la mesa, y fue hacia los servicios. Por fortuna, no había nadie en aquel momento. Se encerró en una cabina, y una vez más recurrió al pequeño bolígrafo emisor-receptor.

—Anatole —se presentó.

—¿Otra vez? Todavía no sabemos...

—¿De cuántos hombres disponemos? —cortó Anatole.

—De los necesarios —fue la rápida respuesta.

—Envía cuatro, repartidos en dos coches, a la villa de Merimée. Con la mayor discreción del mundo, ¿está claro? Quiero saber si él sale de su villa esta noche; está regresando ahora para ver qué ha pasado allí. Si sale, que le siga uno de los coches, y que el otro se quede vigilando. Si no sale, vigilad bien toda la noche.

—*D'accord*. Pero..., ¿qué ha pasado?

—Cuando robé la botella que les entregué, tuve que matar a un hombre.

—¿Qué...?

El respingo del hombre del SDECE se esfumó, porque Anatole cerró el contacto. Regresó a la sala, y se dedicó a saborear lentamente el cóctel...

Permaneció allí cosa de una hora más, resignándose a tomar otro cóctel, naturalmente a la cuenta de *monsieur* Merimée. Mientras tanto, se lo tomó con calma y adecuadamente, conversando con algún que otro guapo muchacho que se insinuó. Fantástico en verdad.

Era más de medianoche cuando, tras haber recorrido a pie todo el Boulevard de la Croisette, y haber estado mirando los barcos en Quai St. Pierre, llegaba al Boulevard Jean Hibert, y poco después entraba en el hotel. No, no había ningún recado para *monsieur* Simonet.

Cerca de las doce y media, ya en su habitación, recurría de nuevo al pequeño bolígrafo.

—Anatole —dijo.

—Hola. Merimée sigue en su villa. Pero tengo una noticia para ti, querido Anatole Simonet: sabemos ya lo que contiene la botella.

—¡Estupendo! ¿Qué contiene?

—Glicerina.

Anatole quedó un instante atónito.

—¿Nitroglicerina? —musitó.

—*Sacré! Non!* He dicho gli-ce-ri-na.

—¿Glicerina?

—Glicerina. Es todo.

—¿Y para qué puede quererla?

—¡Buena pregunta! A lo mejor, para fabricar cosméticos.

—Sí... Podría ser, claro. Cosas de ésas. Pero..., ¿en su propio domicilio?

—Ésa es otra cuestión. Considerando que tiene tres fábricas, no parece factible que esté fabricando productos de belleza caseros, ¿verdad? Otra cosa: los rusos quieren saber cuándo los dejamos marchar a casita.

—¿Sí? Pues a mí se me ocurre otra cosa respecto a los rusos. Iría yo ahí, pero temo que Merimée tenga la idea de llamarme por teléfono. Nos hemos hecho amigos.

—Mala suerte, Anatole Simonet.

—Depende de cómo se mire. Quiero que presionéis a los rusos esta misma noche. No los dejéis descansar ni un segundo. Preguntadles para qué podría haber utilizado la glicerina René Soustel.

—La idea es buena —musitó tras un breve silencio el hombre del SDECE—. Pero estoy seguro de que no saben nada. No hemos estado perdiendo el tiempo por aquí, ¿sabes, Anatole?

—Presionadlos. Llamaré por la mañana. *Ça va?*

—*Ça va!*

CAPÍTULO VI

—Buenos días. Soy Anatole.

—Buenos días, Anatole Simonet —dijo una voz diferente.

—*Monsieur*... ¿Cuándo ha llegado usted a Cannes?

—Esta madrugada. Pero no me ha parecido amable por mi parte despertarle..., aunque la noticia merecía la pena.

—¿Qué noticia, *monsieur*?

—Como seguramente se le informó, insistimos en investigar en la vida del profesor René Soustel, y en la de Myléne Rousseau. Pues bien, mientras que seguimos sin encontrar nada sobre la doctora Rousseau, hemos encontrado indicios muy dignos de crédito respecto al profesor Soustel.

—¿Qué clase de indicios?

—Casi con toda seguridad, el profesor Soustel era homosexual.

Si Anatole Simonet hubiese estado de pie, habría tenido que sentarse ahora.

—¿Anatole?

—Sí, sí, *monsieur*, le he oído perfectamente. Bueno, imagino que cuando usted dice casi con toda seguridad quiere decir exactamente que es seguro.

—Digamos que me sorprendería mucho que nuestras investigaciones fuesen erróneas.

—Entiendo. Vaya, es toda una noticia, ¿verdad? ¡Y cambia mucho todo el aspecto de este asunto!

—¿De veras? ¿En qué?

—Le contestaré con otra pregunta, *monsieur*: ¿a usted le parece admisible que el profesor Soustel hubiese estado en relaciones con Gastón Merimée..., para prepararle fórmulas de cosméticos?

—No.

—A mí tampoco. Por lo tanto, y partiendo de la base de que, siendo del mismo... grupo físico, es más que posible que estuviesen

en relación tanto personal como profesional..., ¿qué diría usted que el profesor Soustel podía estar preparando para Merimée... con glicerina?

—¿Un explosivo? —murmuró *monsieur*.

—¿Le parece eso admisible?

—Eso, sí.

—Muy bien. No creo que tarden mucho en venir a buscarme para llevarme como bello invitado a la villa. ¿Ha ocurrido algo durante la noche?

—No —se oyó la voz del habitual comunicante de Anatole—. Nadie ha entrado ni salido de la villa desde que los nuestros llegaron allí. Hasta hace diez minutos. Dos hombres en un coche bajan hacia Cannes Centro.

—Ésos vienen a por mí —sonrió secamente Anatole—. No se les ocurra llamarme a partir de este momento. ¿Algo más, *monsieur*?

—Por mi parte, no. Sólo que tenga cuidado.

—Le agradezco su interés. Adiós.

Cortó la comunicación, guardó el bolígrafo en el bolsillo de la chaqueta de cuero, y quedó pensativo. Bueno, ¿a qué sorprenderse tanto? La vida tiene estas cosas. Uno puede ser un genio, y ser marica. O político, por ejemplo...

El teléfono sonó casi veinte minutos más tarde.

—¿Sí?

—...

—Ah, sí. ¿Quiere prepararme la cuenta, por favor?

—...

—Sí, sí. Pensaba estar más días en el hotel, pero he encontrado unos amigos que me han invitado a su casa. Naturalmente, abonaré cualquier perjuicio que pueda causar al hotel por anular mi reserva.

—...

—Gracias. Dígales a mis amigos que bajo inmediatamente. Ah, ¿puede enviar un botones a por mi equipaje?

—...

—Gracias.

El botones llegó un par de minutos más tarde, cuando ya Anatole salía de la habitación. Le indicó que iba a liquidar la cuenta, y bajó. En el vestíbulo, efectivamente, le estaban esperando André y Richard, que le dirigieron una amistosa sonrisa, a la que

Anatole correspondió cariñosamente.

—Hola —saludó alegremente—. La verdad es que no estaba muy seguro de que esto fuese cierto.

—¿Por qué? —se sorprendió André.

—Bueno... Podía ser una broma de Gastón...

—Claro que no —rió Richard, haciéndose cargo de la maleta—. Anda, vamos.

—¡Oh! —Exclamó Anatole—. Quizá sería mejor que antes de ir a la villa de Gastón comprase cosas para pintar. Como ya dije anoche, no he traído nada...

—Nos ocuparemos de eso más adelante —dijo Richard, apretándole una rodilla dulcemente—. Ahora, lo importante es que te instales a tu gusto. Y una vez instalado, podrás pensar mejor lo que necesitas.

—Sí, es cierto...

André puso en marcha el coche. Siguieron el Boulevard Jean Hibert, pasaron frente al Quai St. Pierre, y poco después circulaban por Boulevard La Croisette, hasta el final, es decir, que Anatole comprendió que no iban por el camino más directo hacia Coline St. Antoine. Pasaron bajo el puente de la vía férrea, enfilaron Boulevard Alexandre III...

—Me pareció que Gastón dijo que su villa está en Coline St. Antoine —murmuró Anatole, mirando a Richard.

—Tenemos que hacer otro pequeño recado antes de volver allá.

—Ah.

Pero el recado, evidentemente, debía ser fuera de Cannes, porque poco después circulaban por la carretera. A la derecha, el mar. Pero André giró pronto a la izquierda, enfilando un camino que iba directo tierra adentro. Había muchos pinos.

—¡Qué lugar tan hermoso! —exclamó Anatole.

—Sí —rió Richard—. ¡Muy hermoso!

—Nos alegramos de que te guste —rió también André, mirándole por el retrovisor.

Dos minutos más tarde, el coche se detuvo. Estaban en un estrecho camino solitario. Solamente se veían pinos, y, en alguna parte, piaban unos pajarillos. Anatole miró sorprendido a Richard... y su mirada bajó rápidamente hacia la mano derecha de éste. Al ver la pistola respingó con fuerza, y sus ojos se dilataron.

—¿Qué..., qué...?

—Baja.

—Pe-pero...

—¡Baja!

—Pero, Richard, ¿qué significa...?

—¡Te he dicho que bajas! —tronó, al mismo tiempo la voz de Richard.

—Sí, será mejor —dijo André, volviéndose y mostrando también una pistola—: no queremos manchar de sangre el coche, ¿sabes?

—¿Qué..., qué vais a hacer...? —tartamudeó Anatole.

—Acércate a ese pino —señaló con la pistola André—. ¿De verdad quieres saber lo que vamos a hacer contigo? Pues te lo voy a decir, guapo muchacho: te vamos a coser a cuchilladas. Es que somos un poco sádicos, ¿sabes?

—E-e-estáis... bro-bromeando...

—Claro que no —le empujó Richard hacia el pino señalado por André—. Nos gusta mucho hacer eso. Es nuestra diversión favorita, después de pasar un rato delicioso. ¿Comprendes?

—¿Vuestra diversión... favorita? ¿Quieres decir... que..., que lo habéis hecho... otras veces?

—Eres muy listo, ¿verdad, Anatole? Pero nosotros ya estamos hartos de vosotros. Los cuatro no quisieron hablar, pero me parece que tú no eres tan fuerte ni valiente. Pero sí más audaz. Los otros cuatro se conformaron con espiarnos, y no fue fácil sorprenderles. Tú te has pasado de listo al querer llegar más lejos, al querer nada menos que instalarte en casa de Gastón... Sí, muy listo y muy audaz. Pero como ya estamos hartos de vosotros, tú nos dirás quién eres realmente, y quiénes eran tus cuatro amigos anteriores.

—No..., no sé de qué... estáis hablando —gimoteó Anatole.

—¡Lo sabes! ¿Crees que Gastón es un idiota? ¿Crees que es suficiente un niño bonito como tú para engañarlo? Vaya, qué listos sois tú y tus amigos, ¿verdad? Como debes ser el más guapo de ellos, te han utilizado como gancho... ¡Menuda idiotez! Para que lo sepas, precioso: Gastón desconfió de ti en cuanto la otra noche te acercaste a sacar a bailar a Myléne. Y luego, tus miraditas... ¡Tú eres tan homosexual como Tarzán, amiguito! Por todos los demonios..., ¿cómo pudiste pensar que nos engañarías? ¿Sólo porque eres guapito y vistes como un payaso? ¡Nos vas a decir la

verdad, y ahora mismo!

—¿Qué..., qué vais a hacer conmigo?

—Si contestas a nuestras preguntas, te meteremos una bala en el corazón, y asunto terminado —explicó Richard—. Pero si te pones tonto, te ataremos a un pino, te trataremos lo mismo que a los otros, cosa que nos encanta, y luego te convertiremos en pedazos a base de navajazos. De modo que tú verás lo que te conviene.

—Está bien —pareció derrotado Anatole—. En realidad, no soy francés..., ni lo eran mis cuatro amigos. Somos... agentes secretos rusos.

Primero, André y Richard quedaron estupefactos. Luego, palidicieron intensamente. Y por fin, Richard tartamudeó:

—¿Agentes... rusos?

—De la MVD.

—Ay, Dios mío —gimió André—. ¡Ay, ay, Dios mío! ¡Richard, nos hemos enfrentado a LOS RUSOS! ¡Hemos matado...!

—¡Cállate! —Gritó histéricamente Richard—. ¿No ves que está mintiendo para asustarnos?

—No miento —negó Anatole—. Y esto no debería sorprenderos tanto. ¿Acaso el profesor Soustel no tema relaciones con nosotros?

—¡No! ¡Eso no puede ser! El profesor Soustel era amigo de Gastón, era con él con quién tenía relaciones... ¡Soustel nunca habría engañado a Gastón! ¡Estás mintiendo! ¡Quiero que nos digas la verdad respecto a cómo y por qué os habéis interesado por nosotros! ¡Quiero la verdad!

—¿De modo que Soustel no había llegado a entenderse con los rusos? —preguntó sosegadamente Anatole.

—¡Claro que no! ¡Sólo con Gastón!

—Vaya... Bien, de todos modos, algo hay que agradecerles a los rusos: que nos pusieran sobre vuestra pista. Así que ahora ya sé que la labor que inició Soustel la está continuando la doctora Rousseau... ¿No es así? Al morir de pronto René Soustel, Gastón se entrevistó con ella, y la contrató. ¿Cierto?

—André —jadeó Richard—. André, no es ruso... ¡Nos está mintiendo, se está burlando de nosotros! ¡Hijo de mala zorra!

Gritando esto último, Richard guardó la pistola, sacando en seguida una navaja de resorte. Se oyó un chasquido, apareció el reluciente acero afiladísimo, y Richard se acercó a Anatole, lívido

de rabia.

—Ábrele las entrañas —barbotó André—. Le vamos a dejar con las tripas fuera, al muy...

Richard echó el brazo hacia atrás, dispuesto a lanzar el primer navajazo, y Anatole, «asustadísimo», retrocedió, con tal torpeza, que cayó sentado.

—¡Ábrele las...! —empezó a gritar histéricamente André.

Y aún gritó más histéricamente cuando Anatole llevó la mano derecha a su pie izquierdo, sacó rápidamente la pistolita, y le apuntó. La mano derecha de André se movió, buscando también la línea adecuada de disparo, pero Anatole Simonet fue más rápido. La pistolita emitió un suave chasquido, y la bala partió, hundiéndose en la frente de André con seco crujido, y derribándolo de espaldas, con los ojos vueltos hacia arriba, horriblemente, mostrando solo la blancura de la córnea...

Richard también gritó histéricamente, y su mano se movió velozmente, lanzando la navaja hacia Anatole. Se oyó el silbido seco del arma cortando el aire..., un instante antes de clavarse en la tierra, partiendo las agujas de pinocha..., mientras Anatole, que había girado sobre sí mismo una vez evitado el impacto, apuntaba de nuevo a Richard, el cual sacaba ahora la pistola.

—¡Quieto! —Gritó Anatole—. ¡Deja la pist...!

Tuvo que disparar, porque Richard no pensaba hacerle caso, era evidente. Cuando Anatole disparó, Richard estaba a punto de hacerlo, y, ciertamente, su pistola había quedado mejor orientada que la de André segundos antes.

El balazo acertó a Richard en el pecho, y lo derribó sentado, chillando como enloquecido, demudado el rostro..., pero insistiendo en apuntar a Anatole, que había seguido su trayectoria de caída con la pistola, y que, comprendiendo que la lucha era a muerte, volvió a apretar el gatillo.

Y de nuevo su fina puntería quedó demostrada, cuando la bala se hundió exactamente entre las cejas de Richard, empujándolo, dejándolo tendido de espaldas, con los ojos desorbitados por la rabia, el dolor y el miedo, fijos en el cielo que se veía entre las copas de los pinos...

Luego, de nuevo el silencio, la quietud.

Anatole Simonet sacó el pequeño bolígrafo, y pulsó el resorte de

llamada.

—Soy Anatole —dijo.

—¿Está ya en la villa de Merimée? —Sonó la voz de *monsieur*.

—No. Todavía no. Para conseguir entrar allí, le necesito a usted, *monsieur*, y a varios de sus hombres. Le voy a decir dónde estoy, para que vengan a reunirse conmigo, y entonces le explicaré en qué consiste mi plan...

CAPÍTULO VII

El taxi se detuvo delante de la villa de Gastón Merimée, y el bello Anatole Simonet se apeó, se volvió para sacar su maleta del asiento de atrás, y pagó al taxista, añadiendo una propina que hizo sonreír al hombre.

Anatole también sonrió, hizo un gesto de despedida, agarró la maleta del suelo, y se acercó a las verjas..., al otro lado de las cuales había ya un hombre, observándole con mal disimulada estupefacción.

—Buenos días —saludó Anatole—. ¿Está en casa Gastón..., el señor Merimée?

—Me parece que no —murmuró el portero de la villa.

—Bueno —sonrió encantadoramente Anatole—, quizá será mejor que avise usted que ha llegado Anatole Simonet. Ya veremos entonces si Gastón está o no está. ¿Quiere avisar, por favor?

El hombre asintió, y se acercó a una de las columnas de rojo ladrillo que sostenían las verjas de entrada. En la parte interior estaba el teléfono, que descolgó, y cuyo disco hizo girar una sola vez. Acto seguido, con voz tan baja que Anatole sólo pudo oír unos susurros, habló con su comunicante. Colgó, se colocó ante las verjas, y sonrió a Anatole, comenzando a abrir las puertas.

—Perdone, pero... —empezó a decir.

—No se preocupe —le atajó amablemente Anatole—, comprendo su actitud. Con seguridad debe haber muchas personas que vienen aquí a molestar a Gastón con tonterías.

—Sí, así es. Le acompañaré a la casa.

—No se moleste...

—No es molestia. Además, así lo ha ordenado el señor Merimée. Permítame su maleta, por favor.

—Bien, como guste. Gracias.

Recorrieron el breve camino bordeado de pinos y arbustos de

flores. Allí también había pajarillos, que por el momento demostraban su goce de la vida cantando, piando, saltando alegremente entre las ramas de los pinos, sobre las flores... Las aguas de la piscina refulgieron al sol, a un lado de la casa. Más allá, hacia la parte de atrás, Anatole vio la pista de tenis.

Gastón Merimée apareció en la puerta de la casa, y se acercó con gesto cordialísimo, cariñoso, pero matizado por un gesto de desconcierto.

—¡Mi querido Anatole...! —Exclamó, tendiendo la mano—. ¿Qué ha ocurrido?

Haciendo de tripas corazón, Anatole aceptó aquella mano cuyo contacto le revolvía las vísceras. Y mientras tanto, también él mostró una expresión de desconcierto..., por supuesto mucho mejor lograda que la de Merimée.

—¿Qué ha ocurrido? —murmuró—. Pues no sé... Nada. ¿Por qué? Oh, bueno, se refiere a mi llegada por mi cuenta...

—¡Claro! ¿Acaso no ha visto a André y Richard?

—No... No, desde luego —se «desconcertó» de nuevo Anatole—. Quizá nos hayamos cruzado en el camino. Yo he venido en taxi, y a lo mejor nos hemos...

—No, no, no —negó Merimée, tomándolo del brazo y llevándolo hacia la casa—. Los envié a su hotel poco más tarde de las nueve, y son casi las doce, así que no han podido cruzarse.

—¿A las nueve? Pu-pues no han ido a mi hotel, no... A esa hora, yo estaba ya esperando en el vestíbulo, y había pagado la cuenta. No es dinero lo que me sobra, de modo que preferí despedirme a esa hora, pues como usted ya sabe, si lo hacía más tarde de las doce me cobrarían otro día completo... Bueno, quizá no he debido venir...

—¡Naturalmente que sí! Pero es extraño esto.

Anatole parpadeó «deliciosamente».

—Quizá ellos fueron a otro hotel...

—¿No dijo usted que estaba en el Mediterráneo?

—Sí, sí.

—Pues ahí los envié yo, por supuesto. Y de todos modos, si ellos se hubiesen confundido, me habrían telefoneado para preguntarme cuál era su hotel, ¿no le parece?

—Sí... Claro, es cierto. Bueno, pues no sé qué ha podido ocurrir.

Perdone que haya venido así, pero me pareció... ridículo por mi parte volver a pedir en el hotel que...

—Nada, nada. ¡Es usted bien venido, mi joven amigo! ¿Ése es todo su equipaje? —señaló.

—Sí... Bueno, como ya le dije, no soy un Picasso, de modo que...

—¡Ya arreglaremos eso! —Rió Merimée—. Henri, sube la maleta de Anatole a la habitación azul, por favor.

—Sí, señor.

Entraron en la casa, seguidos por el portero, que se dirigió hacia la escalera curvada que ascendía al piso alto. Merimée llevaba a Anatole con un brazo sobre los hombros, y el invitado miraba a todos lados con expresión admirada.

—Qué hermosa casa —murmuró—. Debe usted ser un hombre muy rico, Gastón.

—Bueno, no puedo quejarme, la verdad. Las mujeres en este país, todavía se gastan sus buenos dineros en productos... embellecedores. Y, naturalmente, tengo delegaciones de venta prácticamente en todos los países de Europa, y algún pequeño negocio en Estados Unidos... No me van mal las cosas, no. Pase, pase.

Empujó la puerta, y Anatole entró en el despacho. Allá, el tercer amigo de Merimée estaba sentado en un sillón, fumando. Se quedó mirando atentamente a Anatole, que le saludó afablemente, alzando una mano.

—Hola, ¿qué tal? A usted también le conozco... Estaba con Gastón en el Coc d'Or la primera noche que yo fui allí, ¿verdad?

—Sí —consiguió sonreír el otro—. Me alegra verlo por aquí.

—Gracias. ¡Son todos ustedes tan amables...!

—Tonterías, querido, tonterías —dijo Merimée, dándole unos golpecitos en una mejilla—. ¿Para qué es la vida, sino para gozarla todos en amor y alegría?

—Eso he pensado yo siempre —asintió Anatole—, pero no siempre los hechos me han dado la razón.

—Ya verá que aquí todo es diferente. Bueno, él es Ferdinand. Y ahora, querido Anatole, discúlpenos un minuto. Voy a dar algunas instrucciones a Ferdinand para que baje a Cannes en busca de ese par de tontos. ¿Nos perdona?

—No faltaría más —sonrió Anatole.

Merimée y Ferdinand salieron del despacho, y en seguida, el segundo preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, qué ha dicho ese tipo? ¿Cómo es que él está aquí y André y Richard no...?

—Dice que no fueron a su hotel a buscarlo.

Ferdinand soltó un bufido.

—¡Está mintiendo!

—Quizá no —reflexionó Merimée—. Si algo pasó, sería necesario que el guapo Anatole tuviese un valor de loco para presentarse en esta casa, ¿no te parece? Quiero decir, si algo hubiese pasado entre ellos, porque lo seguro es que algo ha ocurrido, pero... Espera. Me parece que está sonando el teléfono. Un momento.

—Puede que sean ellos —dijo Ferdinand.

—Espera aquí —dijo Merimée, asintiendo.

Entró en el despacho, haciendo un simpático gesto a Anatole, que había comenzado a señalar el teléfono. Gastón Merimée descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¿...?

—Sí... Soy yo mismo.

—¿...?

—¡No!

—¿...?

—Pero esto es terrible... ¡Qué desgracia! ¿Dónde...?

—¿...?

—Sí, entiendo. ¡Voy para allá ahora mismo, desde luego!

—¿...?

—Sí, sí, sí... Muy agradecido. Estoy ahí en diez minutos.

Colgó el auricular, y quedó inmóvil, absorto, todavía con expresión alterada. De pronto, miró a Anatole, que le contemplaba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre? —musitó Anatole.

—La llamada era del hospital... André y Richard están allí, malheridos; al parecer, se estrellaron con el coche contra un árbol cuando bajaban hacia Cannes a las nueve. Algo debió fallar en el coche, claro. Los llevaron al hospital, y como ellos no llevaban

encima ninguna dirección o teléfono, han tenido que localizarme por medio de la matrícula del coche...

—No... no sabe cuánto lo siento... ¡Por mi culpa...!

—Tonterías, mi querido amigo —parpadeó Gastón—. Son cosas que pasan, eso es todo. Bien, no voy a tener más remedio que ir a Cannes. Naturalmente, usted se queda aquí. Considérese en su casa. ¡Y no se hable más del asunto!

—Es usted muy amable, Gastón.

—Instálese a su gusto. Espero que le guste la habitación... Bien, hasta luego. Henri le llevará a su habitación.

—Sí... Gracias.

Salieron los dos del despacho. En el amplio vestíbulo, Henri estaba hablando con Ferdinand, y ambos miraron interrogantes a Merimée, que explicó brevemente lo sucedido, y se fue con Ferdinand, mientras Henri acompañaba a Anatole a su habitación.

En el coche, Ferdinand se puso al volante, y gruñó:

—Bien, ya tenemos la explicación de lo sucedido.

—Lo que parece demostrar una de estas dos cosas: que Anatole, en efecto, está haciendo un juego especial, para lo cual necesita tener un valor a toda prueba..., o que ese pobre muchacho no es lo que nosotros tememos y, simplemente, es uno de los nuestros que ha decidido pasarlo lo mejor posible en Cannes. ¿Tú qué opinas?

—Bueno —se estremeció Ferdinand—. Si yo me hubiese cargado de un modo u otro a André y Richard, desde luego no tendría agallas para presentarme aquí como ha hecho Anatole.

—Yo tampoco —sonrió Merimée—. Tanto mejor, porque la verdad es que el muchacho me gusta.

—Sí —sonrió también Ferdinand—: no se puede negar que es guapo.

—Y un artista —rió Merimée—. ¡Con lo que a mí me gusta todo lo refinado!

Todo era allí de gusto exquisito, refinado. El llamado dormitorio azul, ciertamente, no podía ser llamado de otra manera, ya que era este color el que predominaba en todos los motivos de decoración, el tono de las paredes, las ventanas... Incluso la bañera era azul. Los grifos, no; los grifos eran de oro.

Y lo mejor de todo: no habían micrófonos, ni ningún otro sistema de vigilancia. Lo cual era lógico, considerando que Gastón

Merimée no había contado con que la persona que él había condenado a muerte se presentase tranquilamente en su casa.

En el piso de arriba, destinado exclusivamente a dormitorios, no había nadie, de lo cual se cercioró Anatole en menos de diez minutos, recorriendo todas las habitaciones. Y a medida que recorría las habitaciones, iba mirando hacia el jardín, la piscina, la pista de tenis... Resultado final: quedaban en la villa un total de cuatro hombres, que fue viendo desde distintas ventanas. Uno de ellos era Henri, que trajinaba por el jardín siempre cerca de las puertas de rejas; otro cuidaba otra parte del jardín; y delante del garaje vio a dos más, charlando frente a uno de los coches de Merimée, al que uno de los hombres le sacaba brillo, sin dejar de hablar con el otro. Cuatro.

¿Y la doctora Rousseau?

¿Dónde estaba?

Pues, indudablemente, tenía que estar en la planta baja. Y allí, además, debía haber, por lo menos, otro hombre más, el cocinero. Sí, allí todo eran hombres..., excepto, claro está, Mylène Rousseau... ¿O también ella lo era? La idea de que la doctora era un travestí volvió a adquirir consistencia en la mente de Anatole Simonet. Porque si no era un travesti, un delicado capricho de Merimée..., ¿qué hacía en la casa del bello homosexual una mujer?

En realidad, la respuesta era simple. Tenía que ser simple: la doctora Rousseau estaba allí porque era la única persona que podía seguir trabajando para Gastón Merimée en lo que fuese que el profesor de bioquímica René Soustel había comenzado a fabricar para Merimée.

Muy bien.

Ahí tenía que estar el punto flaco de la organización del homosexual de rojos cabellos y maquillaje impecable: en la doctora Rousseau. Debía localizarla y trabajarla adecuadamente. Mientras tanto, en el hospital, personal seleccionado se encargaría de recibir a Gastón Merimée, darle toda clase de explicaciones, llevarle adonde yacían los cadáveres de André y Richard, mostrárselos de lejos, a través de algún cristal, y decir que iban a ser operados... ¿Cuánto tiempo podría *monsieur* y todo su tinglado tener entretenido a Gastón Merimée? ¿Cuánto tiempo podrían mantener el engaño? ¿Hasta qué momento comenzaría quizá a sospechar

Merimée?

Una cosa era segura: el tiempo es oro.

Así que Anatole Simonet, el bello, incluso demasiado guapo Anatole Simonet, salió de la habitación azul tras poner sus cosas en el armario con gran pulcritud. Una vez en el vestíbulo, miró hacia la puerta del despacho, titubeando. Podía abrir la caja fuerte que Merimée sin duda tenía allí, pero decidió que no valía la pena. No, al menos, tanto como localizar a Mylène Rouseau.

Había otra puerta, frente a la del despacho, y que daba a un bonito salón de-li-cio-sa-men-te decorado. Aquélla era una casita de muñecas. Luego, un cuarto pequeño bajo la escalinata, donde estaban los contadores de luz, agua y gas. Al fondo, otra puerta, que debía dar a la zona de servicios.

Y, casi frente al pequeño cuarto de los contadores, otra puerta más, que era la que cerraba una habitación contigua a la del salón, y que debía tener, por tanto ventanas a la zona donde estaba el garaje.

Anatole Simonet abrió con mucho cuidado aquella puerta.

Un laboratorio, tan grande como el salón. Dos grandes ventanas, en efecto, daban a la parte del garaje. Mesas, anaqueles con recipientes de cristal de todas formas, quemadores... Un completísimo laboratorio, en el cual, inclinada sobre unos tubos de ensayo depositados en una mesa estrecha adosada a la pared, estaba la doctora Rouseau, evidentemente absorta en su trabajo.

Tan absorta que ni siquiera oyó a Anatole cerrando suavemente la puerta tras entrar. Se quedó apoyado en la puerta mirando fijamente a Mylène Rouseau. Esta alzo uno de los tubos, y contempló al trasluz, vuelta hacia la ventana, el líquido que contenía. Un líquido transparente.

De pronto, Mylène Rouseau se volvió hacia la puerta, vio a Anatole, se sobresaltó con agudo grito, y el tubo escapó de su mano y cayó sobre su pecho, manchándolo copiosamente con el líquido que contenía, y terminando su trayectoria en el suelo, donde se hizo añicos...

—¡Oh! —Se sobresaltó de nuevo Mylène Rouseau; y sus ojos se abrieron con gesto de furia, fijos de nuevo en Anatole—. ¿Qué hace usted aquí? ¡Salga inmediatamente!

CAPÍTULO VIII

El bello Anatole, que parecía haberse sobresaltado también, y no poco, se quedó mirando a su vez a la doctora, todavía con gesto asustado.

—Le..., le ruego que me perdone...

—¡Salga de aquí!

—Sí, sí... Bu-bueno, no quisiera... ¡Espero que ese líquido no sea corrosivo, o algo así!

Mylène Rousseau frunció el ceño. Luego pinzó con los dedos la ropa, separándola del contacto directo con la carne del pecho. No parecía que el líquido fuese corrosivo, pero, evidentemente, sí manchaba, y no debía resultar agradable sentirlo en la piel.

—No es corrosivo —replicó desabridamente—. Y ahora que ya se ha disculpado y se ha interesado por mi integridad física..., ¿quiere hacer al favor de salir..., como se llame?

—Anatole —sonrió éste—. ¿No recuerda? Nos conocimos en el Coc d'Or, y...

—Recuerdo eso muy bien. Sí, eso es: Anatole. De acuerdo. Y ahora, adiós, Anatole.

—¿Qué está haciendo usted? —preguntó ingenuamente Anatole.

—No le importa.

—Bueno, claro que no. Es curiosidad. ¡Caramba, no se me habría ocurrido que usted fuese... lo que es!

La doctora Rousseau frunció el ceño.

—¿Y qué soy yo? —refunfuñó.

—Pues... No sé... Bueno, supongo que tiene algún trabajo relacionado con la química. ¡Claro...! ¡Usted debe ser la persona que fabrica los cosméticos, perfumas y todo eso para Gastón!

El gesto de la doctora cambió. Algo parecido a una sonrisa pasó fugaz por sus labios.

—Efectivamente. Pero eso era muy fácil de deducir, de modo

que no se crea demasiado listo. ¿Qué hace usted aquí?

—Bueno, pues vi la puerta, y la...

—En la casa —se impacientó la doctora—. ¿Cómo ha entrado?

—¡Vaya pregunta! Pues por la puerta... Soy el invitado de Gastón.

—Ah, ya. —Mylène Rousseau lo miró de arriba abajo, con claro desdén—. De acuerdo, Anatole. Espero que se divierta. Y ahora, salga de aquí de una vez. Mejor dicho, saldremos los dos, pues tengo que cambiarme de ropa.

—Lo siento. No pensé que...

—No es necesario que pida más disculpas. Salgamos.

Salieron los dos. En la última mirada, Anatole vio las botellas de glicerina colocadas en varias estanterías. Glicerina. ¿Qué demonios podía estar haciendo la doctora Rousseau con tanta glicerina? ¿Crema para las manos?

La doctora Rousseau había sacado una llave del bolsillo de la manchada bata, y estaba cerrando la puerta del laboratorio. Guardó de nuevo la llave, y señaló hacia la puerta de la casa.

—Tenemos un jardín precioso, Anatole —dijo con tono un tanto irónico—. ¿Por qué no se dedica a cortar bonitas flores para ponerlas en un jarrón?

—Es una buena idea —sonrió Anatole, encantadoramente—, pero ahora hace demasiado sol. Además, es mejor cortar las flores por la mañana o por la tarde.

—¿De veras? No sabía eso. Bueno, hasta la vista.

—Hasta la vista, Myléne.

Ella le adelantó, giró, y emprendió la ascensión de la escalinata. Ya arriba, se volvió a mirar disimuladamente a Anatole, que parecía a punto de entrar en el salón. Pero, apenas Myléne desapareció hacia su dormitorio, Anatole regresó ante la puerta del laboratorio. Allí sí que valía la pena echar un vistazo.

Del tacón del zapato derecho, sacó la pequeña ganzúa, metió el extremo ligeramente curvado en la cerradura, y tanteó cuidadosamente. Tiempo exacto: nueve segundos. La cerradura giró, Anatole empujó la puerta, y volvió a cerrar, siempre silenciosamente, tras él. Fue directo a la estrecha mesa de trabajo donde Myléne Rousseau había estado trabajando, y donde quedaban más tubos de ensayo en un soporte de madera.

Con cierta precaución, fue oliendo el contenido de los tubos, uno a uno. En total, había siete... Y en ninguno de ellos percibió un olor definitivamente conocido. ¿Glicerina? Sí, parecía que en todos los tubos había una cantidad más o menos importante de glicerina... Quizá. Pero el olor de conjunto no le era familiar. Jamás antes lo había olido.

Se volvió a mirar el resto del laboratorio, con detenimiento, pero pronto llegó a la conclusión de que era perder el tiempo: aunque tuviese ante las narices algo químicamente importante, no podría saber dónde estaba ni de qué se trataba, ya que sus conocimientos de química eran simplemente universitarios; y no especializados, desde luego.

«¿Por qué alargar más esto? —pensó—. Sé ya que fueron los queridos de Merimée, dirigidos por éste, quienes mataron a Jean Bernard, Michel Depuy, Roger Lecrerc, y al ruso Mihail Neurozov. Y sé que están tramando algo relacionado con la bioquímica... ¿Para qué alargarlo más? Sólo tengo que llamar a *monsieur* utilizando el bolígrafo, decirle que llene esta casa con muchachos del SDECE, y asunto terminado... ¿Por qué alargarlo más?».

Sin embargo...

Sin embargo, si hacía eso, quizá se quedase sin saber qué se había estado cociendo allí. Si *monsieur* se encargaba ya de todo, era seguro que Anatole Simonet ya no recibiría ninguna información por parte del SDECE. Le darían las gracias, le pagarían sus Cien mil francos, y asunto terminado para él. Y eso no le gustaba a Anatole Simonet, porque..., ¿y si lo que estaba preparando la doctora Rousseau era algo importante? Alguna de las cosas que a él le desagradaban..., y que le habían hecho abandonar el servicio. Porquerías del espionaje.

Anatole Simonet salió del laboratorio, dejó cerrada la puerta, y emprendió la subida por la amplia escalinata. La casa estaba en completo silencio. Si las cosas se ponían mal, tendría que enfrentarse a cuatro hombres; más el cocinero, sin duda. ¿Cómo no había de tener un cocinero el muy refinado Gastón Merimée?

Localizó sin dificultad la habitación de Myléne Rousseau. Al abrir silenciosamente la puerta, vio en el suelo, junto a la entrada al cuarto de baño, la bata manchada, y otras prendas. Dentro del cuarto de baño se oía apenas un murmullo, como una canción que

apenas llegaba a la garganta de la cantante. Fantástico: la bioquímica cantando.

Anatole se sentó en el borde de la cama, en la parte de los pies, de cara al cuarto de baño.

Apenas un minuto más tarde, apareció la doctora Rousseau, completamente desnuda, y todavía secándose, frotándose con gran energía los cabellos. Unos hermosos cabellos. Unos hermosos y larguísimos cabellos negros, brillantes, magníficos. Casi tan magníficos como el espléndido cuerpo de Myléne Rousseau, esbelto, blanco, de formas bellísimas. Imposible para quien viese a la mujer con moño y lentes imaginar cómo era en realidad Myléne Rousseau. Imposible. Era una obra de arte anatómico... Toda ella tan bella como el rostro sin lentes, que, al ser retirada la toalla que colgaba por delante mientras se secaba, quedó ante la sonriente mirada de Anatole Simonet.

La boca de Myléne Rousseau, ahora increíblemente bonita, sonrosada, se estiró en una mueca de sobresalto, y sus ojos, grandes y bellos, de increíble tono azul, se abrieron hasta el límite.

—¡Pero...! —Empezó a gritar; y de pronto ocultó su espléndido cuerpo con la toalla, y aulló—: ¡Salga de aquí!

—Caramba, doctora: se pasa usted el tiempo echándome fuera de todos lados.

—¡Salga! ¡SALGAAAA...!

—Pero tranquilícese, mujer... ¿A qué vienen esos gritos? ¿Acaso teme qué la viole?

La doctora Rousseau parpadeó. Luego se quedó mirando estupefacta al bello Anatole Simonet. Y, de pronto, se echó a reír.

—¡Por cierto que no! —exclamó, sin dejar de reír.

—Entonces —sonrió encantadoramente Anatole—, ¿por qué se preocupa tanto por mi presencia aquí? Me he equivocado de habitación, he oído algo así como un murmullo de canción, y me ha sorprendido en usted. Y también me ha sorprendido todo lo demás, desde luego. No parecía usted tan..., tan... bonita.

Myléne se quedó mirando con irónica malicia a Anatole. De pronto, tiró la toalla a un lado, y alzó un poco los brazos.

—¿De verdad le parezco bonita, Anatole?

—Digamos que no está mal.

—Ya, ya. Pero no se acostaría conmigo, ¿verdad?

—En estos momentos, preferiría que hablásemos.

—¿Y luego? —rió la sorprendentemente bella Myléne Rousseau.

—Luego, quizá será usted la que no me aceptaría en la cama, doctora Rousseau. Depende de... lo que se enfade.

—¿Enfadarme con usted? ¿Por qué?

—Porque no soy lo que parezco.

—¿De veras? ¿Y qué es usted?

—Un espía.

—¿Un qué?

—Un espía. Se lo diré en pocas palabras, porque tengo la certeza de que usted no necesitará más: había en París un profesor de bioquímica llamado René Soustel, que tenía una ayudante llamada doctora Rousseau; el profesor Soustel estaba en tratos con Gastón Merimée para facilitarle una fórmula de algo en lo que interviene la glicerina; de pronto, desdichadamente, el profesor Soustel fallece de un infarto de miocardio; entonces, el señor Merimée contrata a la doctora Rousseau, y la instala aquí para que, bien financiada por él, siga trabajando en la terminación de esa fórmula; mientras tanto, un agente del servicio de espionaje soviético que estaba vigilando los adelantos científicos del importante profesor Soustel, sigue a la doctora Rousseau a Cannes; aquí, el ruso, llamado Neurozov, es identificado por un agente francés llamado Bernard, que se dedica a vigilarlo; el resultado es que Merimée se da cuenta de la vigilancia de que es objeto la villa, así que ordena eliminar a los dos espías, el ruso y el francés; vienen más franceses, y son eliminados; vienen más rusos..., \ son apartados del juego por otro espía francés, llamado Anatole Simonet: pero Anatole es demasiado... descarado, tal vez, y Merimée sospecha de él; también ordena que lo eliminen sus... asesinos violadores; sin embargo, Anatole es un hueso más duro de roer, y se carga a esos muchachos; luego, Anatole y ciertos amigos, arreglan las cosas de modo que Merimée se crea un hermoso cuento chino, y se va de la villa; de modo que Anatole se queda digamos que a solas con la doctora Rousseau; y entonces, Anatole decide jugar las cartas ya al descubierto, y le pregunta a la doctora Rousseau: ¿de qué se trata, bella doctora? ¿Qué está usted, siguiendo los pasos de René Soustel, fabricando para el bellissimo Gastón Merimée?

Myléne Rousseau todavía permaneció unos segundos con la boca

abierta cuando el bello Anatole terminó su centelleante explicación. Por fin, consiguió cerrarla..., y acto seguido, en sus ojos apareció un destello; un frío destello de desconfianza.

—No es cierto nada de lo que usted ha dicho —susurró.

—Vamos, no sea absurda, doctora. ¿Cree que una cosa así puede tratarse de una... broma, por ejemplo?

—¡Me está usted mintiendo!

—No.

—¡Sí! Usted..., usted es como ellos, es de ellos... ¡Es uno de esos horribles afeminados que..., que quieren...!

—¿Qué quieren? —Entornó los párpados Anatole—. ¿Qué es lo que están tramando?

—No le diré nada —suspiró profundamente la doctora—. ¡No se lo diré, porque usted ya lo sabe, Merimée se lo ha dicho! Todo esto es... es una trampa para ponerme a prueba.

—Comprendo sus recelos —asintió gravemente Anatole—. Pero no están justificados. Vamos, doctora, sea inteligente. Quizá usted se pueda salvar de la quema. Todo está perdido para usted, créame.

—No... No confío en usted...

—Me parece que no es usted muy lista. —Fruunció el ceño Anatole—. Puede que como bioquímica sea una maravilla anónima, pero como psicóloga es una nulidad.

—¡No quiero confiar en usted! ¡No quiero!

—¿Por qué? ¿Porque cree que soy un homosexual, un amiguito de Gastón Merimée?

—Sí... ¡Sí, lo es!

—Bueno —sonrió Anatole—. Si yo le demostrase que no soy un homosexual..., ¿confiaría en mí?

—Quizá sí... Pero ¿cómo podría usted demostrar... eso?

—Hay un método bastante bueno —casi rió Anatole—, pero no sé si le parecería lo bastante convincente, doctora.

—¿Qué método?

—Caramba... Bien, supongo que usted no tiene muchas oportunidades de relacionarse con hombres normales en esta casa, ¿verdad?

—No... ¡Claro que no!

—Y cuando sale de ella es para darse un paseo con Gastón Merimée hasta el Coc d'Or, donde el ambiente no cambia

demasiado. Cambia tan poco, que se pone usted nerviosa, se aburre... y simplemente preferiría estar aquí trabajando. ¿Acierto?

—Por completo.

Anatole movió la cabeza con gesto de pesar.

—¡Pobre doctora Rousseau! Yo diría que está... necesitando un hombre. Un hombre de verdad, normal... ¿Comprende?

—Me parece que sí. —Abrió mucho los ojos Myléne—. ¿Y ese hombre... es usted?

—¿No le gusto? Vamos, déjese de prejuicios, deje de mirarme como lo ha hecho hasta ahora. Míreme bien a los ojos y escuche el tono auténtico de mi voz, no la miel que he estado destilando hasta ahora. ¿Qué conclusiones obtiene, doctora? ¿Le gusto o no?

Myléne Rousseau parpadeó, se pasó la lengua por los labios, titubeó... Por fin, murmuró:

—La verdad es que cuando le vi en el Coc d'Or me gustó, sí. Pero cuando comprendí que era un...

—Comprendió usted mal. Como todos los que me mirasen. ¿Quedamos en que le gusto?

—Sí —sonrió Myléne—. Ya le he dicho... ¡No se acerque!

Pero Anatole Simonet se acercó. Puso sus manos en los hombros de pura seda de Myléne Rousseau, y atrajo el hermoso cuerpo hacia él. Los labios de la doctora comenzaron a temblar, pero dejaron pronto de hacerlo cuando la boca de Anatole se posó en la suya. Durante unos segundos, la doctora permaneció inmóvil, fría, como petrificada. Luego, poco a poco, sus labios perdieron la rigidez, y un suspiro quedó ahogado en ellos. Se estremeció y vibró cuando se sintió acariciada mientras persistía aquel profundo beso que hacía dar vueltas y vueltas a su cabeza.

Cuando sin dejar de besarla y acariciarla, Anatole Simonet comenzó a llevarla hacia el lecho iluminado por el resplandor del sol primaveral, Myléne Rousseau no protestó en absoluto.

CAPÍTULO IX

Sentado en la cama, Anatole Simonet contempló sonriente a la doctora Rousseau mientras ésta se dirigía al armario. Sorprendente mujer, sin duda alguna. ¿Sería capaz de volver a ocultar su belleza?

Pues sí. Myléne Rousseau se puso unas ropas tan poco atractivas como las que se habían manchado en el laboratorio, miró al bello Anatole y fue al cuarto de baño. Anatole comprendió y la siguió. Se quedó en la puerta, contemplándola mientras ella recogía sus largos cabellos para ir formando con ellos el austero y envejecedor moño.

Sorprendente en verdad.

—Bien, doctora Rousseau —murmuró Anatole—. Puesto que espero haberla convencido a usted, agradecería que me explicase ahora su actitud anterior.

Ella le miró de reojo y se sofocó intensamente.

—Sí... Estoy convencida. Y le voy a decir la verdad.

—Soy todo oídos ahora.

Myléne Rousseau volvió a sofocarse. Delicioso.

—¿Qué es exactamente lo que quiere saber?

—Bueno... ¿Qué le parece si empezamos por usted misma? ¿Qué hacía trabajando con René Soustel?

—Era su ayudante..., lo que usted ya debe saber. Le secundaba en todo. Era un hombre muy...

—Era un homosexual —cortó secamente Anatole.

—Sí, es cierto... Pero yo no me di cuenta al principio. Tardé bastante. Y creo que fue debido precisamente a que le vi con Gastón Merimée. Me... sorprendió mucho Merimée, como comprenderá. Al principio estaba desconcertada. Yo había tenido anteriormente otros trabajos, pero tuve que ir dejándolos porque siempre había cerca de mí algún... elemento masculino que quería complicar las cosas.

—¿A qué se refiere? —Alzó las cejas Anatole.

—Bueno, usted ya me ha visto... como soy en realidad. Ellos

siempre me acosaban, ¿comprende? Me refiero al acoso que un hombre hace a una mujer que le gusta. Siempre, siempre lo complicaban todo, se comportaban más que como compañeros de trabajo, como hombres que sólo ven a la mujer. Esto me trajo muchas complicaciones, de modo que cuando finalmente abandoné mi último empleo, decidí que no volviese a ocurrir nada parecido. Yo quería dedicarme a la investigación, trabajar en paz. No es que rechace la idea de una... compañía masculina, pero tenía que ser en los momentos adecuados, no siempre. Se tomaban a broma mi trabajo, mi interés científico... Todo eso. Así que cuando fui a ver a René Soustel para pedirle trabajo, hice lo posible por presentarme poco atractiva como mujer y, en cambio, muy interesante como investigadora.

—Entiendo eso.

—Bien... El profesor Soustel me sometió a un corto período de prueba, naturalmente. Pero me aceptó. Estaba muy satisfecho conmigo, y pronto me hizo su ayudante, su secretaria, su persona de confianza, en fin. Yo también estaba Satisfecha porque esto me permitía mantener alejados a otros colegas, que, por otra parte, gracias a mi pequeña estratagema de parecer poco atractiva y mostrarme más bien antipática, me dejaban en paz. Tampoco Soustel intentó nunca nada especial. Claro que era algo mayor, pero también otros hombres de su edad habían pretendido siempre algo.

—*Cherchez la femme!* —Sonrió Anatole—. ¿Qué pasó entre René Soustel y Merimée?

—Eran amigos. Al principio, sí, me sorprendió. Luego caí en la cuenta de ciertos detalles un tanto sorprendentes en Soustel, y comprendí la verdad. Pero a mí eso no me importaba. Así que simulé que no me daba cuenta de las tendencias sexuales de Soustel. Seguimos así un tiempo... Y de pronto, el profesor tuvo un infarto de miocardio, y falleció. Murió..., murió delante mío, en el laboratorio. Estábamos trabajando en silencio, como siempre, cambiando los comentarios indispensables sobre nuestro trabajo. De pronto, hizo un ruido extraño con la boca, se llevó una mano al pecho, abrió mucho los ojos y cayó hacia atrás, rígido, golpeándose con la cabeza en el suelo. Yo pensé que había tenido un desmayo por exceso de trabajo, o algo así... Pero no. Me di pronto cuenta de que su corazón se había parado. Llamé por el teléfono interior al

laboratorio de los auxiliares, y mientras esperaba intenté reanimarlo, sin resultados. Bien... Simplemente, el profesor Soustel había muerto. Fue todo muy triste.

La doctora Rousseau calló y se quedó mirándose al espejo, mientras Anatole la contemplaba atentamente a ella. Ya se había recogido el cabello, pero no examinaba su aspecto, sino que parecía ver en el espejo viejas imágenes.

De pronto, Myléne tomó los lentes de una de las estanterías y se los puso. Anatole torció el gesto.

—Naturalmente —prosiguió de pronto la doctora—, asistí a su entierro...

—¿Asistió Merimée?

—No. Pero aquella misma noche, cuando yo estaba en mi apartamento de París, preguntándome qué iba a hacer en adelante, Merimée me visitó. Me sorprendí mucho al verlo, pero él es un hombre muy educado, muy amable y dulce. Lo recibí. Me preguntó si le conocía y le dije que le había visto algunas veces con el profesor. Merimée me dijo que, en efecto, él y Soustel habían sido muy buenos amigos. Y de pronto, me preguntó si yo querría trabajar con él continuando las investigaciones del profesor. Le dije que no...

—¿Por qué?

—Porque no me gustaba lo que el profesor estaba haciendo.

—Ya. ¿Qué estaba haciendo?

—Estaba trabajando en un suero que, mezclado con gas en una explosión en la atmósfera, se esparcía en sólo veinticuatro horas en un radio superior a los quinientos kilómetros.

—¿Un suero con gas? ¿Con qué fin? ¿Cuáles eran sus efectos?

—Pues... Bien, no se lo va a creer.

—Querida, yo me lo creo todo —sonrió secamente Anatole.

—Lo dudo, pero se lo diré. Ese suero esparcido violentamente por medio de una explosión era muy especial. Contenía unos virus que atacaban directamente los órganos de reproducción de la mujer, de tal modo, que las mujeres que quedasen afectadas jamás podrían tener hijos.

Anatole estaba estupefacto.

—¿Y para qué quería semejante... invento?

—No lo sé. Si se hubiese tratado de un anticonceptivo personal,

esto es, que pudiese utilizarlo una sola persona a voluntad, a mí me habría parecido bien. ¡Hay tantos...! Pero pronto caí en la cuenta de que ese virus podía ser peligroso; si se lanzaba una carga sobre Lyon, por ejemplo, las consecuencias serían que en veinticuatro horas todas las mujeres de Francia quedarían afectadas. Lo que significaba que dejarían de nacer franceses. Se lo dije al profesor y él me contestó que eran sólo unas pruebas. Pero cuando vino a verme Merimée y finalmente me dijo que me pagaría muy bien si yo seguía adelante con esos trabajos, le dije que no. Insistió, pero seguí negándome. Entonces me dijo que si yo no aceptaba trabajar con él, me iban a... a hacer pedazos, en el sentido exacto de la frase.

—¿La amenazaron?

—Ya lo creo. Me aseguró que de nada me serviría acudir a la policía o algo parecido, pues él tenía muchos amigos, y conseguirían tarde o temprano atraparme, y que entonces yo lamentaría no haber aceptado sus condiciones. Me... me explicó las cosas que podían hacer conmigo y tuve tanto miedo que... que acepté trabajar. Entonces fue cuando me trajo a Cannes, aquí, y me instaló en un laboratorio tan completo como yo le pedí, sin reparar en gastos.

—Y usted siguió adelante con el estudio de esa... fórmula, o de virus.

—No.

—¿Cómo que no?

—La..., la verdad es que todo este tiempo le..., le estoy engañando. Le pido cosas extrañas...

—¿Como una camioneta llena de glicerina?

—Sí, sí... ¿Cómo sabe...?

—Fantástico —sonrió Anatole—. De modo que él la instala, usted le dice que sigue con el asunto y lo que hace es mentirle, perder el tiempo aquí...

—¡Yo no pierdo el tiempo! Mientras él cree que me dedico al estudio de ese virus, yo trabajo, investigo en cosas que a mí me interesan.

—Lo que significa que le está tomando el pelo al bellísimo Gastón, ¿no es cierto? —rió Anatole.

—Sí. Por eso desconfiaba de usted.

—Comprendo. Vaya..., un virus esterilizante. ¿Y para qué

demonios puede querer semejante producto nuestro hermoso Gastón?

—No lo sé. Lo que sí sé es que él se ríe muchas veces cuando hablamos del virus. Dice que... que él podría controlar la cantidad de mujeres en todo el mundo, y que dejaría solo las indispensables para la reproducción de hombres. Usted ya sabe que actualmente se puede saber con anterioridad al parto el sexo de una criatura. Pues bien, si no he entendido mal, Merimée solamente permitiría que naciesen unas pocas mujeres, y, en cambio, llenaría el mundo de hombres. Las mujeres seríamos... simples animales para sostener la reproducción indispensable y seríamos apartadas de todos los logros que tanto esfuerzo nos está costando. Merimée detesta a las mujeres.

—Menos a usted, doctora.

—Oh, no, a mí también me detesta, pero, claro, no tiene más remedio que soportarme. ¿Quién le fabricaría el virus, si yo no existiese?

Anatole asintió y frunció el ceño. ¿Estaba loco el tal Merimée? No, no estaba loco. Por la sencilla razón de que Anatole no podía creer que todo aquello estuviese basado en la homosexualidad de Gastón Merimée. Una carga del virus que explotase sobre el centro de Francia, dejaría estériles a todas las mujeres. ¿Consecuencia a largo plazo? Pues sencillamente que Francia se quedaría sin población, sin franceses. Así de simple. Y todo esto... ¿porque un homosexual detestaba a las mujeres?

Y de pronto, Anatole Simonet recordó a los rusos. La intervención rusa, el interés soviético por los estudios del profesor René Soustel. Y entonces palideció. Palideció tan intensamente que Myléne se dio cuenta.

—¿Qué le ocurre? —se alarmó.

—Se me acaba de ocurrir algo horrible —murmuró Anatole.

—¿De qué se trata?

—Supongamos que ese virus es utilizado militarmente...

—¿Militarmente? —Respingó la doctora.

—Sí. Supongamos que se consigue el virus, que funciona el asunto. Ahora imaginémonos veinte o treinta cargas arrojadas sobre China, bien distribuidas de modo que los efectos del virus se esparcirían por toda China. ¿Qué ocurriría?

—Bueno... Nada. Quiero... quiero decir de... de momento...

—Eso es. De momento, nadie se daría cuenta de nada... Pero ya no nacerían más chinos. Dentro de cien años, China sería una gigantesca tumba de los últimos ancianos. Y claro está, lo mismo pasaría si esas cargas fuesen arrojadas sobre Francia, Estados Unidos... o todo el continente americano, o asiático... La fuerza de la paciencia y de la ciencia. Nada de armas, nada de riesgos. Se esteriliza un continente y sólo hay que esperar. Ni siquiera cien años, porque con sólo que transcurriesen cincuenta, ese país podría ser dominado con toda facilidad, ya que el más joven de sus ciudadanos tendría cincuenta años...

—Dios mío...

—Y naturalmente, dudo mucho que Gastón Merimée pretenda emprender una empresa de tal envergadura.

—Oh... El solo pretende...

—¡Tonterías! No lo hace porque es homosexual y detesta a las mujeres. ¿No lo entiende? René Soustel y Gastón Merimée estaban trabajando en esto, uno en el laboratorio y él otro financiándolo, no para demostrar su asquito a las mujeres, ¡qué tontería!, sino para vender ese virus a... ¿a quién? ¿A los rusos, quizá?

—Pe... pero eso... eso... ¡sería horrible! —Casi gritó Myléne.

—El máximo poder: controlar la natalidad de un país, o de un continente. Sin muertes, sin bombas, sin guerras..., sin riesgo alguno por parte del país agresor. El máximo poder mundial.

La doctora Rousseau miraba con los ojos casi desorbitados a Anatole Simonet, cuyas bellas facciones se habían endurecido increíblemente, sus ojos parecían congelados. De pronto, asintió como dándose la razón a sí mismo.

—De acuerdo —murmuró—. Vuelva a su trabajo.

—¡Pero...!

—Haga lo que le digo. —Anatole respingó de pronto—. ¡Me refiero, naturalmente, a su trabajo no relacionado con ese virus! Siga engañando a Merimée... Yo me encargaré del resto.

—¿Qué... qué resto?

—Pues, querida doctora, está bien claro: quiero saber quién es el cliente de Gastón Merimée. Parece que todo apunta a Rusia. Sí... Rusia podría de este modo dominar a China a su voluntad, con el tiempo. Solapadamente, sin riesgos. O China o Rusia. En fin... Siga

con su trabajo. Y no lo olvide: seguimos siendo... cordiales y educados enemigos que Simpatizan muy poco.

—Pero después de... Bueno, yo...

Anatole la atajó con un gesto, sacó el bolígrafo y efectuó la llamada.

—Anatole —dijo—, ¿qué está pasando con Merimée?

Se oyó la voz de *monsieur*:

—Parece que se lo ha creído todo. Y está de regreso a la villa.

—Perfecto, *monsieur*. ¿Le gustaría que dentro de cien años no existiese Francia..., por el simple hecho de que no existiría ningún francés?

Hubo unos segundos de silencio. Luego:

—¿Qué?

—Tranquilo, *monsieur*. Adoro Francia, así que eso no ocurrirá. Ahora, *monsieur*, reúna a todos sus hombres y formen un cerco alrededor de la villa de Merimée. Y si digo un cerco, *monsieur*, quiero decir que nadie debe escapar con vida de esta villa. ¿Está claro?

—Sí. Procedo a ello inmediatamente.

—Muy bien. Le iré dando instrucciones.

Cerró el contacto, miró a la asombrada Myléne y sonrió.

—Lo dicho, doctora: cada uno a su trabajo. ¿Nos veremos a la hora del almuerzo, supongo?

—Ha sido un almuerzo magnífico —sonrió dulcemente Anatole, mirando a Gastón Merimée—. ¿Siempre vive usted así, Gastón?

—Querido amigo —rió Merimée—, ¡sólo se vive una vez! De modo que hay que procurar que esa vida sea... lo más placentera posible.

—Sí, claro... Pero no todos estamos en disposición de conseguirlo. Ahí tiene, por ejemplo, a los pobres André y Richard...

—Oh, saldrán de ésta, sin duda. Y este accidente les enseñará a tener más cuidado. Algunas lecciones son duras, pero convenientes... ¿Se encuentra mal, Anatole?

Estaban terminando de tomar el café en el salón, y ante la pregunta de Merimée, la doctora, Ferdinand y el cocinero-camarero de la villa miraron a Anatole, que sonrió haciendo evidentes esfuerzos por contener un bostezo.

—Todo lo contrario —dijo, casi escapándosele por fin el bostezo—. Me encuentro tan bien que me está entrando sueño. Perdón por la descortesía, pero...

—¡Mi querido amigo! ¡Pero si es natural! Está comprobado que las buenas comidas provocan sueño. Y además, con un día tan hermoso, casi estival... Vamos, vamos, déjese de cumplidos. Si tiene sueño, simplemente, suba a echar la siesta.

—Bien... Si realmente nadie se molesta...

—Oh, soportaremos con resignación su ausencia —dijo Myléne Rousseau—. Con resignación, pero con impaciencia. ¡Es usted un invitado tan entretenido, Anatole!

—Y usted es muy amable, doctora —sonrió Anatole, muerto de sueño—. Bien... Bueno, hasta luego...

—Hasta luego, hasta luego —rió Merimée—. ¡Que tenga felices sueños!

—Gracias.

Anatole abandonó el salón y subió a su habitación, tan azul, tan preciosa. Apenas hubo cerrado la puerta tras él, sonrió secamente. Se fue directo a la cama y se tendió en ella, sin más complicaciones.

«Te doy diez minutos», pensó.

Fueron exactamente doce minutos los que tardó en oír cómo la puerta de la habitación se abría cautelosamente. Permaneció con los ojos cerrados, respirando profundamente. La puerta se cerró. Oyó los pasos acercándose a la cama... y al mismo tiempo percibió el olor de las flores...

La cama se movió, a su derecha. Una mano acarició su mejilla izquierda, los labios, la garganta... Anatole Simonet movió la cabeza como quien intenta zafarse de un insecto molesto. Pero las caricias se reanudaron en seguida. Ahora, el olor de las flores estaba mucho más cerca; un aroma intenso. Las flores acariciaron su rostro...

Anatole abrió los ojos, parpadéo con el esfuerzo de quien acaba de despertar, pero todavía tiene sueño. Su cabeza giró hacia la derecha.

—Gastón... —musitó.

—Te he traído flores —susurró dulcemente Merimée.

Anatole volvió a parpadear. Luego sonrió dulcemente.

—Eres... muy delicado. Gracias.

—¿Todavía tienes sueño?

—Pues... Oh, no. ¿Por qué?

—He pensado... que podríamos charlar un rato. ¿Te molesta?

—Claro que no —exclamó Anatole, tomando el ramito de flores y acercándolo a su rostro—. ¡Qué delicia de olor, Gastón!

—Tú sí que eres una delicia —dijo con voz ronca Gastón Merimée.

Y adelantó su mano hacia el rostro de Anatole Simonet.

CAPÍTULO X

Anatole Simonet no se movió cuando la mano tan bellamente manicurada de Merimée se deslizó por sus mejillas. Estuvo unos segundos mirándole fijamente y, por fin, sonrió con aquella sorprendente dulzura.

—Me alegro de que me hayas despertado —musitó.

El magistralmente maquillado rostro de Merimée descendió hacia el de Anatole, pero cuando sus labios estaban cerca de los del bello espía, éste los apartó, con un gesto caprichoso.

—Mo —dijo—. Tengo la impresión de que... me estáis engañando todos.

—¿Qué quieres decir? —Se irguió sorprendido Merimée.

—Esa mujer... Esa horrible mujer... ¿Qué hace aquí? No veo por qué has de tener una mujer en casa, Gastón... Si hay una mujer es que tú... Bueno, me estás engañando, no eres... lo que me gustaría que fueses.

—¿Crees que me acuesto con la doctora? —Rió quedamente Gastón Merimée—. Te aseguro que no es así, querido mío. Ella no está aquí para esas cosas, sino para trabajar en el laboratorio que le he instalado.

—¿Un laboratorio en la casa? No veo qué necesidad hay de ello, puesto que tienes tres fábricas, según me dijiste. Si ella sólo está aquí para trabajar, no tiene sentido. Podrías enviarla a una de las tres fábricas.

—Oh, bien... Es que la doctora Rousseau prefiere estar sola.

—¿Por qué? ¿Acaso tiene fórmulas secretas de cosmética?

—Pues... algo así.

—¿Qué clase de fórmulas?

Gastón sonrió y se tendió lentamente junto a Anatole, que giró un poco, dándole frente. Merimée hizo lo mismo, de modo que se quedaron mirándose.

—Son fórmulas especiales —susurró Merimée.

—Entonces, deben estar destinadas también a un mercado especial, supongo.

—Sí, en efecto.

—¿Qué mercado? ¿De qué se trata?

Merimée sonrió de nuevo dulcemente y se acercó un poco más a Anatole. Entre ambos estaba el ramito de bellas y fragantes flores.

—Anatole —dijo con aquella suavidad deliciosa Merimée—, llamé antes al hotel Méditerranée.

—¿Llamaste? ¿Para qué?

—Pregunté si dos caballeros habían pasado esta mañana a buscar a *monsieur* Simonet. Me dijeron que sí.

Anatole Simonet notó como un relámpago de frío que, desde la espalda, se extendió por todo el cuerpo. Pero permaneció inmóvil, como desconcertado.

—No comprendo...

—No seas perverso, Anatole. ¡Claro que comprendes! Al ver las flores que te he traído, has debido pensar: este tipo se equivoca. Y ello porque seguramente no eres la persona adecuada para recibir flores... de otro hombre. Flores equivocadas, por tanto. Pero no... No son equivocadas, porque son para ti... Para tu tumba, Anatole.

Anatole captó sólo el inicio del gesto de Gastón Merimée, pero tuvo suficiente. Con una agilidad que desconcertó al homosexual, saltó hacia atrás, con tanta fuerza, con tal impulso, que cayó de la cama rodando por el suelo... mientras la hoja de la navaja con la que Merimée había pretendido abrirle el vientre destellaba en la penumbra de la habitación azul. Merimée lanzó una exclamación de rabia y sorpresa y se puso de rodillas en la cama de un salto, mientras, en el suelo, Anatole hacía lo mismo sacando la pistola del interior del calcetín.

La boca de Merimée se abrió y Anatole comprendió en el acto que iba a gritar. Sí, fallada la sorpresa con la que Merimée había querido disfrutar a su manera, y viendo la pistolita en manos del falso homosexual, Merimée se disponía a gritar pidiendo ayuda.

Anatole Simonet disparó. Apenas un chasquido.

La bala entró por la abierta boca de Merimée, de abajo arriba, y fue a alojarse en el cerebro, causando la muerte instantánea del bello ser de los rojos cabellos. Una bala tan pequeña que apenas

movió a Merimée el cual quedó de rodillas, con la boca abierta y los ojos desorbitados durante cuatro o cinco segundos, mirando ya sin verlo a Anatole Simonet. De pronto, cayó hacia delante y quedó tendido de bruces en la cama, cruzado de lado a lado.

Anatole bajó la pistola, haciendo un gesto de disgusto. Se iba a quedar sin saber quién era el cliente del virus que Merimée pensaba tener pronto. Mejor, reflexionó. Mejor, porque así no odiaría a nadie determinado por el poder que había intentado conseguir. Mejor no saber nada.

Se puso en pie, recogió el ramo de flores y miró a Gastón.

—Y tan equivocadas, querido —murmuró—, porque no serán para mi tumba, sino para la tuya.

Las iba a tirar sobre el cadáver de Merimée, pero lo pensó mejor. Sí, señor; Merimée había equivocado por partida doble el destinatario de las flores. Cuando un hombre entrega flores, debe ser a una mujer, no a otro hombre. Y él iba a enmendar este error..., al mismo tiempo que sacaba partido al ramo de flores. Siempre era mejor abrirse camino con flores que con balas. Claro que si los demás preferían las balas...

Sacó el bolígrafo.

—Anatole —susurró.

—Adelante, Anatole.

—*Monsieur*, dentro de cinco minutos, la doctora Rouseau y yo vamos a salir de la casa y, naturalmente, queremos salir de la villa para dejar el resto en sus manos. ¿Confío en su ayuda para la fuga, *monsieur*?

—Todo está preparado para apoyarle. ¿Cinco minutos?

—Cinco, *monsieur*.

Cerró el contacto, se guardó el bolígrafo y caminó silenciosamente hacia la puerta. ¿Había ido sólo Merimée? Tras brevísima reflexión, Anatole agarró adecuadamente el ramito de flores, de modo que al mismo tiempo pudiese empuñar la pistolita, con la mano izquierda. Perfecto. La pistolita no se veía entre las flores.

Abrió la puerta con la mano derecha y dio un paso hacia el amplio pasillo al que daban todos los dormitorios. Frente a él, con un rollo de cuerda en las manos, Ferdinand le miró con mal contenido sobresalto, mientras con la velocidad del relámpago,

Anatole comprendía lo que había pretendido Gastón Merimée: herirlo de muerte, amarrarlo a la cama a un sillón y... mientras, él agonizaba. Un sádico. Un maldito y asqueroso sádico, al que esperaba otro sádico con unas cuerdas en las manos.

—¿Y Gastón? —exclamó Ferdinand.

—Se ha dormido —sonrió el bello Anatole— para siempre.

Ferdinand palideció, dejó caer las cuerdas, metió la mano bajo su chaqueta... Anatole Simonet alzó y adelantó la mano izquierda, como ofreciendo el ramito de flores..., por entre las cuales pasó la pequeña bala, arrancando pequeños pedazos de pétalos chamuscados. Triste destino para tan bellas flores, que, en efecto, llevaban una vida equivocada: no producían placer, sino muerte...

El cadáver de Ferdinand, con una bala entre las cejas, cayó con seco impacto en el pasillo, de espaldas. Había tal silencio en la casa que Anatole pensó que el golpe de Ferdinand debió oírse en toda ella. Pero nada sucedió, nadie gritó, nadie preguntó nada. Bien, ¿quién quedaba en la casa? Sólo el cocinero, que debía estar en la cocina, ocupado en sus cosas...

Con el ramo de flores y la pistolita en la mano izquierda, Anatole descendió calmadamente la escalinata. Llegó al vestíbulo. Silencio. No se veía a nadie. Giró y se dirigió hacia la puerta del laboratorio.

Cuando la abrió, Myléne se volvió. Al verlo, abrió mucho los ojos. Anatole se llevó el índice de la mano derecha a los labios, cerró la puerta y se acercó.

—Tenemos que marcharnos —susurró—. ¿Preparada?

—Pe... pero... ¿ahora?

—Ahora mismo. Tenemos el tiempo justo.

—Pero... pero yo tengo... tengo que recoger algunas cosas, fórmulas en las que he estado trabajando...

—¿Dónde están?

—Ahí, en uno de esos cajones —señaló Myléne.

—Está bien. Pero de prisa, doctora.

Myléne se abalanzó hacia el mueble señalado, abrió un cajón y comenzó a sacar folios llenos de fórmulas escritas a mano. Sacó una carpeta, una libreta... Comenzó a ponerlo todo dentro de la carpeta. Anatole se acercó a la ventana y miró hacia el exterior. No vio a nadie. La puerta del garaje estaba abierta, pero no vio al encargado

de los coches. Ni a ningún otro de los vigilantes-jardineros de Gastón Merimée.

—No me gusta —susurró.

—¿Qué? —Lo miró la doctora, de nuevo muy abiertos los ojos.

—Que no me gusta esto. Vamos, vamos.

—Ya... ya está.

Mylène Rousseau cerró la carpeta y se quedó inmóvil mirando a Anatole. Éste se acercó y, sonriendo, le tendió el ramo de flores.

—De acuerdo a las costumbres corrientes, estas flores no debieron serme entregadas nunca a mí, doctora. Acéptelas... y dejarán de ser flores equivocadas.

—No comp...

El oído.

El fino oído de Anatole Simonet captó el leve chasquido. Todavía sosteniendo las flores en una mano, se volvió velozmente hacia la puerta, alzando la pistola en la otra mano. Lo primero que vio aparecer fue precisamente otra pistola, más grande que la suya, enorme, provista de silenciador. En seguida, tras la pistola, apareció el rostro del cocinero-camarero, con expresión atenta, tensa... Al ver a Anatole apuntándole lanzó un respingo, movió la pistola hacia allí y...

«Plof», chascó la pistolita de Anatole Simonet.

El diminuto agujero se vio perfectamente en la frente del cocinero-camarero, que pudo proferir una exclamación mientras caía hacia atrás. El ruido de su cuerpo al caer fue ahogado por otras voces excitadas, alarmadas... Anatole vio parte de un cuerpo y disparó de nuevo. Afuera sonó un aullido de dolor. Acto seguido, ruido de pasos, voces jadeantes...

Anatole se volvió a mirar a Myléne, que estaba pálida, fijos los ojos en el hueco de la puerta. Ahora comprendía el silencio. El cocinero había oído algo arriba, incluso quizá le había visto cuando empezaba a bajar por la escalinata. Y se había apresurado a salir de la casa por la puerta de la cocina, para avisar a los demás. Y ahora, el bello Anatole y la bella doctora estaban acorralados en el laboratorio. El portero, el jardinero, el cuidador de las pistas, el encargado del garaje... Cuatro hombres.

¿Acorralados... realmente?

—¿Sabe correr? —preguntó.

—¿Co... correr...? Bu... bueno, claro...

—Pues vamos a verlo. Venga, doctora.

La empujó amablemente hacia una de las ventanas y la abrió. El sol, el silencio, las flores, los pinos. Acabó de abrir la ventana, pasó una pierna hacia el exterior...

—¡Eeeeh! ¡Están saliendo por la vent...!

El marco reventó por encima de la cabeza de Anatole en miles de diminutas astillas, mientras el espía se volvía y veía al hombre, que se disponía a disparar de nuevo sin dejar de gritar. Dejó de gritar cuando Anatole disparó. Es decir, lanzó un grito más fuerte, inarticulado y saltó hacia atrás, alzando mucho los pies, de modo que cayó de cabeza.

Anatole acabó de salir rápidamente y tras él lo hizo a toda prisa Myléne Rousseau.

—¡Hacia los pinos! —gritó Anatole.

Comenzaron a correr, volviendo la cabeza Anatole hacia la puerta de la casa, por la que salían ya tres hombres pistola en mano. Los chasquidos de los disparos, como taponazos, comenzaron a sonar tras los fugitivos en el momento en que llegaban a la primera línea de arbustos de flores. Pasaron junto a un pino, en cuyo tronco apareció una resinosa muesca, mientras se oía el silbido de la bala perdiéndose hacia el cielo. Dos impactos más chascaron contra otro pino... Anatole se tiró de cabeza dentro de un macizo de flores, y Myléne le siguió, cayéndole encima, arrancando ramas y flores, llevándose consigo prácticamente todo el arbusto.

—¡Allí! —Se oyó la voz—. ¡Entre las flores!

Anatole se quitó de encima el arbusto de flores y miró hacia la casa. Los tres hombres corrían hacia ellos, transfigurados los rostros por una mueca de ira. Alzó la pistola, apuntó a uno... y antes de que llegase a apretar el gatillo, el hombre saltó como un conejo alcanzado en plena carrera, y cayó de cabeza y rodando hacia delante...

—¡Arrojen las armas! —Se oyó una voz—. ¡Les tenemos cubiertos a todos!

¿A todos? Anatole veía ahora solamente a dos hombres. El resto de la cuadrilla de homosexuales de Gastón Merimée, que se habían detenido en seco. ¿Eran tontos o eran listos?

Eran listos. Les vio dejar caer las pistolas y alzar los brazos.

Inmediatamente, comenzaron a aparecer hombres saltando las verjas, mientras otros quedaban en éstas, protegiéndolos.

La doctora estaba sollozando, asustadísima.

—Tranquilícese —la miró Anatole amablemente—. Todo ha terminado, doctora. Son amigos míos...

Se calló de pronto, y siguió la dirección de la desorbitada mirada de Myléne Rousseau. Entonces, respingó. Y comprendió por qué habían arrancado con tanta facilidad aquel arbusto de flores: porque estaba todavía muy suelto, después de haber sido plantado sobre la poco profunda tumba de un hombre, cuyo rostro crispado se veía sucio de tierra, frente a las rodillas de Myléne. Anatole vio la frente hundida del hombre y comprendió: era el desdichado vigilante que la noche anterior...

—¡Anatole! ¡Anatole!

—¡Aquí, *monsieur*!

Segundos más tarde, *monsieur* aparecía ante ellos, seguido de dos hombres, mientras los demás se ocupaban de los prisioneros y entraban en la casa.

—¿Está usted bien, Anatole? —preguntó ansiosamente *monsieur*.

ESTE ES EL FINAL

—¿Estás bien, estás a gusto...? ¿Eres feliz?

—Oh, sí, Anatole... ¡Sí!

—Esto marcha, entonces. Pero quizá haya llegado el momento de empezar a pensar en trabajar. ¿Qué te parece?

Mylène Rousseau sonrió, estirando su espléndido cuerpo sobre la cama. Se ponía el sol en París. Anatole Simonet quedó de nuevo patitieso contemplando aquel hermosísimo cuerpo que yacía junto al suyo en la cama.

—Me parece —sonrió— que la idea de trabajar no te ha hecho mucha gracia. ¡Estás muy cambiada, doctora!

—Santo cielo —gimió ella—. ¡Lo que me he estado perdiendo con tanto estudiar tonterías!

—¿Tonterías? ¡La bioquímica no es ninguna tontería!

—Según cómo se mire. —Ella giró y se abrazó a él, aplastándose contra el vello del tórax masculino—. Sí, eso según cómo se mire.

—Te lo diré más claro —masculló Anatole—. Si piensas que vivamos los dos de mi trabajo, las vas a pasar moradas. No soy precisamente un Picasso, ¿sabes? Así que considero que mi idea inicial es la mejor: nos mudamos a un apartamento más grande, yo pinto, tú instalas un laboratorio para inventar cosas agradables, y... ¡a vivir!

—Ya estamos viviendo ahora —comenzó a besarle la barbilla la doctora Rousseau.

—Eso es cierto. ¡Maldito sea el profesor Soustell!

—¿Por qué dices eso? —se sorprendió Mylène.

—¡A ver...! ¡Menudo cretino, inventar un virus para eliminar gente del sexo femenino! ¡Con lo ricas que estáis todas...!

—¿Todas? —Fruunció el ceño Mylène.

—Bueno, he querido decir...

El timbre de la puerta del apartamento de Anatole Simonet sonó.

Y sonó. Y sonó, cada vez con más insistencia, mientras *monsieur* Simonet se dedicaba a besar a la doctora Rousseau, que, finalmente, tras un gemidito de disgusto, se apartó y dijo:

—¿Por qué no atiendes a tu visita de una vez, para que nos dejen tranquilos?

—Parece que no voy a tener más remedio...

Saltó de la cama, se puso el batín y salió del dormitorio, silbando alegremente. ¿Por qué no tenía que estar contento? Había hecho algo realmente útil, había ganado cien mil francos, de modo que tenía para vivir una buena temporada dedicado sólo a la pintura..., tenía en la cama a la mujer más hermosa que...

Abrió la puerta.

—¡Dedé! —aulló.

Dedé. La bellísima Dedé estaba allí, con un ramo de flores en una mano, el bolsito en la otra. Y sonreía tímidamente.

—Hola, Anatole. Creo... creo que fui poco comprensiva el otro día y... Bueno, como me dijiste que volviese al cabo de una semana, pues... aquí estoy. ¿Te va bien hoy?

—Pu... pues...

—¿Te encuentras mal? ¿Estabas en cama?

—Pu... pues... Oh, no, no... Estoy bien, muy bien, Dedé...

—Me alegro mucho —sonrió ella. Y de pronto, alzó los brazos con gesto de triunfo—. ¡Me alegro mucho porque vengo a gozar de tu compañía, de tus besos, de tu...!

Dedé se calló. Su mirada quedó fija, desorbitada, en un punto algo atrás y a la derecha de Anatole, que volvió la cabeza. Allá, de pie junto a él, estaba la doctora Rousseau, mirando con expresión en verdad poco amistosa a Dedé.

—¿Quién es ésta? —chilló Dedé.

—Bu... bueno..., es mi... Qui... qui... quiero de... decir... Es que verás lo que pasó, Dedé... La... Ella y yo... Bueno, nos conocimos en... Quiero decir que ayer mismo nos casamos y...

—¿Es tu esposa?

—Pu... pu... pues..., sí... Je, je... Doctora, te presento a Dedé... Dedé, mi esposa, la doctora..., digo Mylène... Je, je...

Los ojos de Dedé lanzaban auténticas chispas. Pero la doctora Rousseau sonrió amablemente, se adelantó, tomó el ramo de flores de la mano de la bella Dedé, las olió y volvió a sonreír.

—Qué amable ha sido usted, querida, al traerme flores... Ya que supongo que no son para Anatole, ¿verdad? Claro que no; éstas no pueden ser flores equivocadas. ¿Verdad que eran para mí? Será mejor que diga que sí, porque si no... ¡va a bajar usted rodando las escaleras! ¿Me explico, pequeña zorra?

«¡Blam!», resonó estruendosamente la puerta al ser cerrada en las narices de Dedé por la doctora Rousseau. La cual olió de nuevo las flores y miró maliciosamente a Anatole Simonet.

—Espero, mi amor, que no vuelvan a suceder cosas de éstas. No me gustaría fabricar un filtro de amor para volverte loco por mí.

—No lo necesitas —susurró Anatole, abriendo los brazos.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

